Lunas blancas
R. Galofré



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo 1. "La Prueba"

Érase una vez en un país muy, muy lejano un reino gobernado por una reina mora de grandes bondades y virtudes pero que tuvo la desdicha de leer un manuscrito encontrado por azar y, lo que es peor, probar uno de sus hechizos. Este hecho provocó una interminable e increíble sucesión de fenómenos que desde entonces nunca en lugar alguno pudo ser soñado tal nuevo orden social como resultado.
El libro en cuestión era un tratado sobre los métodos usados en el mundo conocido en temas de salud, relaciones y belleza, que comprendía desde los baños con agua de nueces para tensar la piel aflojada por la edad, pasando por el apartado de encantamientos hechos con pelos de partes deseadas como base para aflorar una sensualidad irresistible y terminando con el uso de leche materna como encubridor de las ojeras que deben ser escondidas a los ojos conyugales.
El capítulo dedicado a como mejorar fertilidades y virilidades era el más interesante como podéis imaginar y del cual os pienso detallar algunos ejemplos a continuación, ya que creo que nos puede ser de gran utilidad, o por lo menos, siempre es bueno conocer por si acaso acontece el momento.
"Para mejorar la fertilidad de una esposa deben contarse 10 días desde la última sangre y obtener del esposo, o de un donante si el primero no es de constatada virilidad, su líquido procreador mediante besos por parte de la poco fértil, guardando el resultado sin consumirlo. Una vez desnuda la esposa, debe tenderse boca arriba y mojando su dedo índice con el producto conservado en la boca, empezar por su deseado interior, recreándose a discreción en los pliegues circundantes, e ir marcando una línea visible de dicho líquido por su cuerpo en sentido vertical, subiendo por el ombligo, entre pechos, cuello, barbilla, labios y terminando en la nariz. De esta manera se consigue que los órganos de la esposa sean estimulados a ser fértiles por varios de los caminos responsables de la llegada del placer a la mente, véase gusto, tacto y olfato, que es quien los rige. Este proceso debe ser repetido en el día 12 desde la última sangre y guardando el día 14 para el acto de fecundación en el que, después de haberlo realizado, debe repetirse la rutina pero obteniendo el líquido fertilizante directamente de su interior en vez del improvisado recipiente utilizado anteriormente. Si los esposos son de elevada creencia religiosa pueden ayudarse cruzando la línea vertical con otra horizontal para bendecir la unión".
"Para el miembro flácido, aplicarle cada noche el fluido reciente de una virgen obtenido de la complacencia a sí misma. La virgen debe desarrollar este arte manual estando sentada en un taburete, el cual debe tener un orificio central que permita la recogida del elixir en una pequeña vasija de ancha boca que ha de ser sostenida por un sirviente, que ayude, a su vez, mediante una espátula de madera a acompañar el líquido a su destino. Se puede incentivar la humedad de la donante con escenas de goce. No debe en ningún caso, incluyendo si hay apremiantes requerimientos de la bella doncella, dejarla ayudarse con la espátula ni con el sirviente. Cuestión indispensable es que todo el proceso sea seguido por el interesado y se disponga de muy variadas doncellas".
"Para mejorar la virilidad en caso de matrimonios por conveniencia y teniendo esposa poco agraciada, debe tumbarse el esposo desnudo en una mesa con la espalda al aire y si la esposa es demasiado decente, pedir la ayuda de una bella doncella, que, desnuda también, procederá a verter miel líquida de asno por el cuerpo del hombre y lo irá dispersando por la espalda y muslos del interesado mediante su propio cuerpo, dando a la vez un suave, unas veces, o un fuerte, otras veces, masaje a los dos almacenes de traviesas semillas

fecundantes mediante la introducción de la mano de atrás a delante entre las nalgas del necesitado. Una vez la doncella note al hombre suficientemente motivado, debe dársele la vuelta y sorber su miembro solamente tres veces para evitar que un exceso de virilidad acelere demasiado el resultado. Mientras tanto debe tenerse a la esposa preparada, ya en pose de piernas receptivas, a lado del marido, para que una vez haya terminado la doncella pueda fecundar con ganas, que siempre produce mejor descendencia".
Como podéis ver por estos ejemplos, éste era un tratado de gran efectividad y facilidad de utilización, lo cual demostraba la sabiduría de su creador, que según las señas del dorso, era de pocos años después del nacimiento del Dios cristiano y de cerca de una gran e importante urbe llamada Tarraco. A éste, por vivir próximo a esta zona de reunión de germánicos y otros hispanos, le fue de fácil obtención la materia prima para sus experimentos y esto allanó, en gran medida, la senda para el desarrollo de sus investigaciones en pro de la salud corporal y mental de la raza humana.
Pero volviendo a nuestra historia, la reina mora encontró todas las recetas de enorme interés pero se fijó especialmente en una que decía:

"Para mantener un cuerpo de doncella pasada la edad madura, deberá beber de una sola vez cada cambio de luna y al despuntar el nuevo sol, el producto del placer de tres hombres, cuya cantidad, cuestión importante, no debe ser menos que la obtenida al exprimir el zumo de un limón. En el momento de su toma debe ser mezclado con una pequeña porción de su propio fluido y beberlo recitando mentalmente el conjuro: - Savia masculina dame, con esta acción, juventud divina -. De este modo se asegurará vida eterna en perfecta juventud."

Es fácil imaginar lo entusiasmada que estaba con esta receta, ya que parecía ser la fórmula buscada por los grandes alquimistas, desde hacía miles de años, para tener la vida eterna en eterna juventud, y ahora podía estar a su alcance.
-Será verdad -pensó-, y si no lo es ¿qué pierdo probando? -sentenció.
Así que a escondidas, ya que era mujer de grandes bondades y virtudes, empezó a elaborar un plan para obtener este precioso elixir de perdurable lozanía, razonando de la siguiente manera:
-Primero debo saber qué cantidad de líquido se obtiene de un limón y después de un hombre. De este último es tarea fácil, pero no así de un limón ya que no disponemos en el reino, sólo cultivamos calabazas y teniendo en cuenta el tamaño puede ser un poco molesto obtener y tomar tal cantidad de este líquido dos veces al mes. Además, si la fórmula insinúa que no podría producir el efecto deseado el tomar de menos, también podría no producirlo el tragar en exceso. Mucho más seguro es cumplir con la receta al pie de letra -reflexionó.
Así que pidió a un mercader que era de especial confianza por un largo historial de "servicios" (casi tres por semana durante 7 años), que le fuera a buscar limones al país de las extensas planicies ya que era uno de los grandes productores de las tierras conocidas. Éste, presto a agradar a su reina, partió de inmediato y regresó a entregar su mercancía y a recoger su recompensa el mismo día en que la luna llenaba todo su poder. Contrariamente a lo que es lógico pensar, el mercader no pidió un "servicio" real más sino que a cambio del encargo solicitó el permiso para estar libremente con otras mujeres durante siete días.
-Considerando los muchos años de fidelidad que me ha exigido la reina, no es de despreciar tal ocasión -pensó el mercader.
-Ésta me la pagarás con creces -murmuró la soberana.
Una vez tuvo la reina los limones, escogió uno, ni muy grande ni muy pequeño, exprimió su zumo y lo puso en una vasija de un raro material llamado cristal traído de un país

vecino. Este recipiente tenía la especial cualidad de dejar ver a través de él y por lo tanto pudo marcar la cantidad de líquido que necesitaba para su receta.
El paso siguiente estaba claro, debía ordeñar tres hombres. El primero que le vino a la mente fue el mercader pero recordó que debía estar como loco con su premio y no se dejaría coger fácilmente. Pensó y pensó mucho ya que no era tarea fácil buscar tres mortales para obtener su fluido y lograr que no se pusieran en entredicho sus muchas bondades y virtudes.
Al fin dio con el primero y echó mano, nunca mejor dicho, a su cuñado real Eufebio, que era hermano de su marido cristiano fallecido hacía algún tiempo. Eufebio, aunque muy limitado de entendederas no lo estaba de los órganos cercanos a las posaderas. Así que le hizo llamar y vasija en mano le exprimió con brutal rapidez para que, ayudado por la falta de talento, casi no se diera cuenta y no pudiera ir contando historias, que por otra parte serían difíciles de creer en él. Podéis imaginar cómo fue el lance que hasta el final de sus días Eufebio recibió el apodo de “el Bocabierto”.
Ya tenía uno, pero debía darse prisa sino se le secaría su contenido y el amanecer no estaba tan lejano como parecía. Pensó y pensó mucho más y dio con la siguiente víctima que era el marido de la lavandera y a quien siempre le veía un buen bulto en la entrepierna. Dicho y hecho, le mandó buscar con el pretexto de que necesitaba un hombre fuerte y limpio (por lo de la lavandería), para exprimir los limones que le había traído el mercader. El lavandero y su bulto aparecieron en su presencia prestos a sacar líquido a lo que fuera por su reina.
-Lavandero, lavandero -dijo la reina- ponte aquí delante de rodillas y vacía estos limones de su zumo con el mango de este cuchillo.
El lavandero, aunque muy extrañado por tan rara petición, se puso en la innoble posición, partió un limón y empezó a presionar el fruto con el mango. La reina a su vez, mientras miraba de reojo el bulto del exprimidor, empezó a levantarse sutilmente los faldones dejando ver, poco a poco, parte de su rodilla. Con la otra mano inició masajes circulares al brazo del trono real, que por casualidad parecía más un miembro de hombre que de un asiento. El lavandero, que empezaba a estar más por la reina que por los limones, no entendía nada pero como la situación prometía excelencias, seguía con su tarea, eso sí, con un ritmo que se había acompasado progresivamente con el de la reina y el brazo de su trono.
La reina, con un malintencionado movimiento, dejó ver un poco más de sus prodigios mientras controlaba el bulto del exprimidor que cada vez era más manifiesto y acercando voluptuosamente la mano a su propia boca, lamió su dedo índice para pasar a introducirlo lentamente debajo de su faldón y, muy sutilmente, empezar a dar masaje a la parte interna de su muslo, continuando con un acercamiento sensual hacia donde empieza la sabiduría, prometiendo placeres sin límite con los movimientos que se intuían pero que se escapaban a la vista. Siempre, claro está, sin dejar de observar al lavandero al cual empezaban a dibujársele claramente sus intenciones en el rostro.
Pobre hombre, allí de rodillas, con un estúpido limón en las manos, los calzones a punto de rompérsele y sin poder acercarse a la reina porque era de grandes virtudes y bondades. Cuando de pronto una diestra mano, que no pertenecía a la interesada sino a su vieja dama de compañía, se los abrió con la destreza que dan los años y se la sacó a la luz realizando un trabajo rápido y efectivo digno de experimentadas rameras. Ocasión que no perdió la reina para dar más verdad a su representación, que por otra parte, a estas alturas ya dudaba de si era tal.
El lavandero no supo qué pasó ya que no podía retirar la vista de los movimientos de la reina, pero vació todo lo suyo en cuestión de instantes y puede que más, sin saber quien había actuado. Una cosa estaba clara, la reina no se había acercado al exprimido y no era

cuestión de relatar a su esposa y menos a sus amigos la escena tan ridícula en que se encontraba, de rodillas y con sus partes goteantes.
Sólo faltaba uno y ya intuía que no sería tarea fácil obtener este líquido cada cambio de luna, pero no debía preocuparse ya que como decían en su reino:
-El primer paso es el que cuesta y éste ya está dando. A la postre tampoco era tan desagradable el esfuerzo -reflexionó.
En estos momentos entró uno de los criados para preguntarle acerca del banquete anual con los nobles del reino el cual se celebraba esa misma noche y que con todos estos ajetreos había olvidado.
-Ya tengo la solución -pensó la reina-, el banquete es un buen momento para obtener lo que me falta. Pero, ¿cómo haré para conseguirlo sin que se den cuenta y a la vez no ponerme en evidencia? Además, ya que estoy en ello, me gustaría dar una lección al bello Damián por la bravuconearía que siempre exhibe y, por qué no, conocer si es verdad lo que alardea de sus atributos.
Pensó y pensó mucho y al final, después de pensarlo tres veces más le vino la solución.
El banquete empezó como siempre excepto en que el asiento de la víctima había cambiado ya que estaba colocado en la mesa semicircular al lado de la reina en vez de su lugar habitual, por razones, anunció la soberana, relacionadas con la marcha del país. Después de tratar dos o tres futilidades, la interesada empezó a tantear por debajo de la mesa al futuro exprimido, subiendo la mano por su entrepierna. No podéis imaginar el susto del noble cuando notó este contacto inesperado, casi tira el vino de la copa que sostenía a la cara de su esposa, que por si no lo había comentado, estaba sentada a su lado ya que siempre lo acompañaba para vigilarlo muy estrechamente.
El noble no entendía nada, pero como con el lavandero, la situación prometía excelencias y por lo tanto siguió el juego. La reina subió un poco más la mano llegando a acariciar, por encima de los calzones, la punta del miembro de su comensal que ya disponía de todo su tamaño pero que distaba mucho del que él gallardeaba. El bello Damián no sabía qué hacer, por un lado la reina estaba manoseándolo como si tal cosa sin demostrar ningún signo externo y por el otro su mujer con voz chillona le hablaba sobre Dios sabe que.
-La jodida reina llena de virtudes -asintió- virtudes sí que tiene la jodida.
Y la reina, como si nada estuviera ocurriendo, había desabrochado los calzones de su acompañante e introduciendo la mano le estaba acariciando con un gusto tal que poco le faltaba para utilizar la otra mano para remediar sus propios calores que le subían desde su bragadura.
-Pero éste no es el momento -pensó, ya que tenía un objetivo más alto que un goce en mitad de una sala llena de nobles y con el miembro del bello Damián en la mano.
-Que por otra parte no está mal el lance -observó.
Llegado el momento en que le pareció que ya tenía al futuro donante a punto de ordeño, se acercó a su oído y le susurró:
-Necesito saborear tus jugos. Ven breves instantes después de mi salida, a la sala de los cortinajes y detrás del de la rosa roja te estaré esperando. No debes verme ya que soy reina de grandes bondades y virtudes, sólo debes pasar tu miembro por entre ellos y yo daré cuenta de tu placer.
Años le parecieron al noble esperar estos breves instantes después de que la reina saliera de la sala alegando necesidades, pero al fin pasó el tiempo y excusándose por el mismo motivo, mentiroso estaba claro que no era, ató disimuladamente sus calzones y fue a encontrar los preciosos cortinajes con la mente llena de la boca carnosa y sensual tanto tiempo soñada.
En el mismo instante en que el deseoso salía de la sala por una puerta, la reina entraba por la otra y casi de inmediato invitó a la esposa del bello Damián a recitar a dúo uno de los

más conocidos poemas del gran maestro. Tuvo que aguantar, con un poco de remordimientos, el goce que manifestaba la dama por este inesperado honor y soportar, con grandes esfuerzos, el nulo ritmo con que amartillaba los versos. Pero se dejó claro a una multitud de nobles que la reina estaba presente mientras el gallardo bravucón estaba ausente.

Es difícil describir la cara que puso el bello Damián cuando volvió a la sala después de dar por cumplido su lance amoroso entre cortinajes y encontró a la reina y a su esposa destrozando la poesía del maestro.

-Supera la cara de noble Eufebio, el Bocabierto -dijeron algunos al verlo entrar.

-Pero, pero, pero... -sólo lograba balbucear la reciente víctima, sin recibir ni la más mínima explicación por parte de la soberana que estaba más pendiente de la llegada de la vieja y desdentada dama de compañía, con un recipiente de ese raro material llamado cristal y una sonrisa picarona en el rostro, que de la expresión de desconcierto del exprimido bravucón.

-Ya está, ya lo tengo, lo he conseguido -gritaba la reina en voz baja en sus aposentos una vez terminada la cena.

-HUMMMMM, HUMMMMMM, HUMMMMMM, -emitía calladamente mientras daba saltos por su habitación.

-Calma, calma, debo releer la receta para estar segura de que tengo todo lo necesario. A ver..... días alternos al despertarse ..... de tres hombres, cuya cantidad, cuestión importante, no debe ser menos que la obtenida al..... .

El mundo se le vino abajo, no habían llegado a la cantidad que ella había marcado en la vasija de cristal, le faltaba poco pero le faltaba ¿Qué hacer? como no todos los limones son iguales, podría intentarlo con la cantidad que tenía o, por el contrario, no beberlo por aquello de si menos líquido del necesario pudiera producir efectos perniciosos. Difícil elección, dejarlo todo y volver a la monotonía de viuda afectada o arriesgarse y descubrir un nuevo mundo lleno de posibilidades.

Pensó y pensó mucho por dos o tres veces y al final, después de pensarlo tres veces más le vino la solución a medias.

-Como la receta no dice nada de la obligación de obtener el elixir de un solo ordeño, lo que ahora debo hacer es lograr un poco más de uno de los tres hombres que han vertido su fluido. Repasemos: repetir el truco del limón al lavandero levantaría sospechas y terminarían creyéndole, sin considerar que la lavandera es mujer de fogosos deseos y podría haber pedido a su esposo los favores conyugales dejando poco para esta tercera refriega. El bello Damián debe estar restregando toda su piel para quitar los olores de mi vieja dama desdentada y creo que por ello me odia a muerte y esto da pocas posibilidades a mis propósitos. Sólo queda el noble Eufebio “el Bocabierto”, aunque he notado que me tiene miedo y esto hace muy difícil un acercamiento eficaz.

Estaba en ello la reina cuando apareció la vieja dama de compañía, que desconocía el motivo de tan raras pero agradables peticiones que últimamente había complacido para su ama, y al verla tan concentrada en sus pensamientos le preguntó acerca de su estado. Sabiendo la reina que el tiempo se terminaba ya que empezaba a secarse el contenido del frasco y era hora tardía, decidió contarle el problema que tenía, manteniendo en secreto el beneficio de tal brebaje.

La vieja dama estuvo un rato pensativa hasta que decidió hablarle:

-Como ve usted, mi reina, la edad ha cambiado mi rostro, mis pechos y mis caderas ya no levantan humores y esta boca poco goce da, pero mi mente sigue tan fogosa como cuando era una doncella. Esto hace que deba darme placer diariamente y en soledad, cosa que no es de despreciar pero, a la postre, añoro carne de verdad. Así pues, debido a todas estas necesidades y defectos sólo puedo acceder a alguien que carezca de entendederas y si me atreví con Don Eufebio era por hacernos un favor mutuamente, sorprendiéndome

gratamente que su limitación no estaba en los órganos cercanos a las posaderas. Todo ello me da la posibilidad de ayudarla. A cambio sólo deseo seguir a su lado en la obtención de esta receta, que no es mal ejercicio.
Algo preocupada se quedó la reina con sus intenciones pero asintió y partió la dama de compañía con una poco habitual misión real a realizar.
-Suerte he tenido esta vez pero si la fórmula funciona no sé cómo conseguiré este preciado elixir para tomarlo cada cambio de luna sin despertar sospechas –pensó alarmada.
Estaba la reina con estos trece cuando regresó la vieja dama con un recipiente y la expresión en el rostro que ya le conocemos a razón del suceso con el bello Damián. Todo ello le hizo pensar que ya disponía de más brebaje.
Corrió a por la vasija de cristal y vertió el producto del doblemente exprimido Eufebio, viendo que llegaba a la marca del limón. Dejó su elixir en la mesa y abrió rápidamente la ventana para ver si el sol apuntaba por el horizonte, iluminándole el rostro una pequeña línea roja que daba a entender el inicio de un gran día.
Despidió a la dama y se acostó en la cama, cerró los ojos y...
No podía pensar en nada en concreto, todas las imágenes del pasado reciente se le aparecían en la mente con demasiada fuerza y rapidez, pero poco a poco fueron ganando espacio los recuerdos del lavandero y su cara de deseo. Recordó el bulto y como su vieja dama le sacaba de sus calzones el recluido y cómo desplegaba toda su presencia, reluciendo a la luz de la estancia. Empezó a acercar la mano a su pierna, rozando el muslo y acarició dulcemente la suave piel que lo limita por su parte más interesante, mientras recordaba como sus movimientos en el trono se convirtieron en algo más que una simple insinuación. Notó que su vello empezaba a rozar sus dedos y que un suave calor le subía por su cuerpo. Dispuso la palma de su mano presionando al ansioso y con movimientos rítmicos dio vida en su mente a las imágenes del zumo de lavandero saliendo de su cuerpo para llegar a ser recogido por la vieja dama de compañía. Recordó la sensación que le provocó el calor y la dureza del miembro del bello Damián debajo de la mesa con los nobles hablándole y la visión del increíble tamaño de lo único destacable del noble Eufebio. Estos eran momentos de goce que hacían que la reina jugueteara fanáticamente con todo su patrimonio hasta que, con el sol ya despuntando, llegó a retorcer su cuerpo en un espasmo de triunfo infinitamente perecedero y excesivamente poco acallado según su propio parecer.
No recordaba unos momentos tan placenteros anteriormente y se dejó llevar por el suave dulzor de estos instantes hasta que decidió que había llegado el tiempo para nuevas experiencias aunque fueran algo untuosas. Le asaltaron grandes dudas pero con temblorosa mano cogió la vasija de cristal y con la otra mano recogió sus jugos para mezclarlos con los de los tres hombres. Acercó el brebaje a la boca y mientras repetía mentalmente el conjuro mágico fue sorbiendo pausadamente todo el líquido hasta no dejar ni una mínima porción.
Se quedó mirando el sol como subía en el horizonte, desnuda, bella, con la mente curiosamente en paz y aguardando sensaciones.

Capítulo 2. "La Sorpresa"

Bella y desnuda con el sol acariciándole el cuerpo estaba la reina aguardando sensaciones hasta que la falta de sueño, el dulzor del nuevo día y las emociones del pasado, ganaron la batalla a su inquietud y la depositaron en un sopor placentero.
Era mediodía pasado cuando la dama de compañía entró en la habitación extrañada por la tardanza de su reina y viéndola desnuda en la cama se acercó para preguntar por su estado. Al encontrarla durmiendo pensó en retirarse y volver más tarde pero algo extraño le hizo retornar a su lado. Era algo distinto pero de difícil determinación. Era como si una aureola de dulzura angelical emergiera de su rostro, como si una juventud invasora fuera transformando su piel. Se fijó en sus manos, eran suaves y tersas como las de una doncella. Su cintura había perdido la rectitud de los años y volvía a ser estrecha y deseable. Sus muslos se veían de una suavidad y perfección que era un tormento no acariciarlos. Los pechos habían ganado dureza y resistían a la fuerza de los infiernos dando victoria a la de los cielos. En toda la habitación se olía a juventud, a flores en primavera, a caricias de algodón.
-Es como recobrar la belleza perdida de la juventud -murmuró la vieja dama.
La reina fue regresando plácidamente de su sueño cuando se encontró, al abrir los ojos, con la cara de la desconcertada y desdentada admiradora observándola a un palmo de la suya con la misma expresión de pasmo que lucía el cuñado real que ya conocéis. La soberana dio un brinco aterrada y con una agilidad admirable se puso de pie en el suelo separándose de esta visión que le pareció apocalíptica.
-Mire su cuerpo mi reina, es..., joven -dijo la dama, que no podía cambiar la expresión de su rostro.
-Su vientre es liso como el de una doncella -añadió admirada.
Un silencio invadió la habitación durante largo tiempo en el que la reina intentaba ordenar su pensamiento y descubrir si el lavandero, su cuñado y el bello Damián eran producto de sus sueños o realidad. Si el tratado y el hechizo eran imaginaciones y si realmente había realizado el repugnante acto de beberse el jugo de tres hombres. Todo le parecía irreal y tan lejos de ella que no podía pronunciar palabra.
Miró a la dama de compañía y viéndole su expresión, no pudo impedir que su cuerpo se dirigiera a una placa de metal reluciente que le permitía ver con claridad su reflejo. Era verdad, su cuerpo era de doncella, sus pechos besaban al cielo, su vientre tenía la firmeza de una fruta y su cara, su cara era... joven y bella como fue muchos años atrás.
Se sentaron en el lecho, las dos a la vez y continuaron en silencio hasta que la reina pudo idear una excusa para su transformación mientras no tuviera clara la dimensión de tal hallazgo y le hizo prometer a su dama que diría a los nobles que en una visión divina durante la noche, el Poderoso le había dado la gracia de la juventud.
-¡Qué desastre! -exclamó la reina-, ¡y yo con estos vestidos tan anchos y de colores oscuros! -fue en lo único que logró pensar después de que se retirara la vieja dama.
-No puedo salir con estos trapos –sentenció horrorizada e izo llamar a la doncella que se encargaba de los atuendos para que inmediatamente le hiciera ropas nuevas, de talle ajustado y alegres.
Pasó todo el día mirándose y acariciándose, se tocaba los pechos y le devolvían recuerdos de su juventud, de sus primeros lances con sus amantes. Se observaba sus muslos y donde había pequeños montículos, encontraba planicies de tersura. Hasta sus partes más interesantes respondían diferente a sus dedos, sentía más goce, más emoción.

Fue dos, tres y cien veces hasta el manuscrito que contenía la preciada fórmula y que guardaba en un armario bajo llave, a darle miles de sonoros besos en su portada, uno por cada nueva mejora descubierta.
No pudo dormir pero tampoco le fue de gran desgracia ya que tenía en qué entretenerse, hasta que al día siguiente apareció la dama con sus nuevos ropajes.
Se vistió y salió a pasear por las salas del palacio con el atuendo, con la presencia y con la juventud de una hermosa reina. A cada paso suyo se engendraron encandilados rostros en los cortesanos, provocando, por esta causa, más de un encuentro súbito e inesperado con las paredes.
Pronto corrió la voz que la reina por gracia del Poderoso había conseguido el don de la juventud como recompensa a sus muchas bondades y virtudes. Todo el reino fue a verla y todos alababan su belleza. Hasta el agraciado mercader que viéndola pasar por la calle no pudo resistirse, y aunque disponía de un día más de retoce como recompensa, fue más que corriendo a palacio para encontrase con su reina presto a hacer lo que sea por tan bella y joven mujer.
Todo eran fiestas y bailes en honor al divino Poderoso y a sus gracias. Llenos estaban los templos de hombres y mujeres pidiendo los mismos favores. De hecho no se había visto tal devoción ni cuando lo de la peste negra, que es mucho decir, ya que en aquella ocasión era la vida y no la belleza la que estaba en juego.
Pasó tres días sin preocuparse, sólo gozando de la atmósfera y de su cuerpo, hasta que un noble le recordó, refiriéndose a otros temas, que el próximo cambio de luna no era muy lejano y tenía que dar con una estrategia que le permitiera continuar con su hechizo.
Pensó y pensó mucho y al final, después de pensarlo tres veces más le vino la solución.
Hizo llamar al mercader que raudo y babeante se presentó preparado para ofrecer a su reina el más amplio despliegue de alabanzas con el fin de obtener sus favores.
Cuando estuvieron a solas la soberana le dijo:
-Mercader, mercader, muchos son los recuerdos que me vienen de tus cualidades amatorias y de lo bien que me has servido en estos años. Aunque te encuentro un poco viejo para mí, no te olvido y deseo complacerte -con tal entonación que parecía más un intento de venganza por lo del permiso ya mencionado que un halago.
El mercader a quien estas palabras le produjeron un sabor dulzón y agrio a la vez, casi daba por conseguido el placer que se presentaba cuando le oyó decir:
-Antes de que pueda dar soltura a mis goces contigo debes ir al reino vecino y con gran secreto traerme a tres hermosos esclavos traídos de más allá del país de la puesta del sol. Muy importante es que sean hombres con grandes cualidades para el retoce con hembra. Ten en cuenta que si no cumples bien este encargo, no sólo no gozarás de mis favores, sino que muerte puede que encuentres.
El mercader, enormemente sorprendido y viendo que sus posibilidades de disfrutar del cuerpo de la reina iban reduciéndose alarmantemente además de sentirse asustado por aquella futilidad de quedarse sin vida, dijo:
-Pero mi reina, estos seres son oscuros de piel y en un reino de seres blancos como lucimos nosotros, no es fácil esconderlos de las mentes venenosas y siendo como sois una reina de grandes virtudes y bondades no son aconsejables tales comentarios.
La reina, que ya había tenido en cuenta estos inconvenientes, pensó:
-Si pudiera disponer de tres hombres a mi entero servicio sin despertar sospechas, que no hablaran nuestro lenguaje con el fin de no descubrir mis pocas virtudes y que fueran de color blanco para que pasaran desaparecidos, no te estaría pidiendo este encargo, mercader traidor, que aún recuerdo tu cara de alegría cuando acepté que estuvieras con otras mujeres.
Y dijo:

-Apreciado amigo, bien dices, pero para no despertar sospechas debes bañarlos y vestirlos con ricos ropajes árabes y traerlos como presentes del rey de un país lejano. Ya sabes que la esclavitud está prohibida en mi reino y quiero que sean tratados mejor que seres libres ya que no deseo que se conozca su condición de nacimiento. Además debo recordarte el poema que dice: “Si algo deseas esconder, déjalo a la vista y no lo encontrarán”.
El mercader partió con la mente llena de palabras tales como “esconder, a la vista y no lo encontrarán”, alabando la inteligencia de la reina pero intentando buscar la rima de los versos, que no encontraba, pero que seguro debía estar ya que era un poema real.
Tentado estuvo el mercader de comprar esclavos con gustos más traseros que delanteros para que se eliminaran ellos mismos como competencia, pero recordó la desmedida ira de su reina y decidió cumplir correctamente el pedido. No tardó más de diez días en volver con tres representantes bien equipados de atributos masculinos, vestidos con exquisitos ropajes, bañados con dulces esencias y anunciado a voces su condición de presentes de un poderoso rey extranjero.
Todo los súbditos creyeron en la excusa del presente ya que, o bien estaban orando y suplicando por la belleza, o estaban recuperándose de más de una semana de festejos que llevaban con la excusa del don divino.
El mercader llegó enfermo del viaje sin poder estar más que pocos minutos separado de las letrinas, cosa que hizo del todo imposible desplazarse para recibir su premio aunque lo intentó varias veces, teniendo que desistir por razones evidentes y poco agradables. Cuando la reina supo de su estado suspiró aliviada ya que sería muy de extrañar, por su antiguo amante, que no le permitiera la entrada a su entrepierna como acostumbraban a hacer desde hacía siete años. No es que haber recuperado la virginidad por el elixir fuera algo que le hiciera ilusión pero volver a perderla era una decisión, aun conociendo lo que conocía, difícil de tomar.
Fue a recibir el supuesto presente y vio que el mercader había cumplido con creces el pedido. Se presentaron tres hermosos jóvenes de piel oscura con evidentes vasijas de materia prima para su elixir. Todos ellos tan altos, fuertes y sanos que despertaban las humedades de muchas de las mujeres que los observaban y de algún gallardo caballero que también sudaba por ellos aunque por distinta parte.
Dio gracias al rey del lejano país por este obsequio, obteniendo a cambio silencio por parte de los tres oscuros que creían estar en un sueño y no entendían nada. Podéis imaginar que estaban pensando y comentando entre ellos estos tres seres cuando no hacía más de dos semanas subsistían casi sin vestir y presagiando un futuro más negro que su cobertura, desvalidos y hambrientos; y poco tiempo después estaban siendo honrados con las más altas distinciones, cubiertos con preciosas ropas y llenos hasta la saciedad de maravillosos manjares.
-No fiarnos debemos -decía uno.
-Estos vestidos nos costaran sudores -decía el otro.
-Algo malo ocurrirá -decía el tercero en su lenguaje.
No pasó mucho tiempo hasta que sus presagios se hicieron realidad ya que a esto de la medianoche una mujer vieja y desdentada les fue a buscar a sus aposentos y los llevo por unos estrechos y oscuros pasadizos hasta una habitación con luz tenue. Una vez allí pasó lo que temían, les hizo desnudarse, cosa que les recordaba su pasado y les ató las manos detrás de la espalda, hecho que reafirmó sus sospechas. Seguidamente ocurrió lo que a ellos les pareció la sentencia definitiva, les colocaron un saco en la cabeza.
Estaban temblando de miedo y horrorizados cuando una mano les cogió el miembro con una intención distinta a la que ellos pensaron. Horrorizados chillaron y saltaron por toda la sala pidiendo a gritos una súplica a la castración que creían era inmediata.

La reina viendo esta escena tan peculiar se dio cuenta que su estrategia había fracasado y que de esos tres seres llenos de miedo, saltando desnudos por todo el aposento, con las manos atadas a la espalda y con un saco en la cabeza, no obtendría ni una gota de nada.
-Que el hombre asustado es como si ya hubiera terminado -murmuró.
-Qué fracaso -pensó-, y cómo haré para que pueda obtener su jugo sin que me vean. Y si me ven y no les puedo explicar las reglas de este juego por lo de la diferente lengua que usan, cómo reaccionarán mañana delante de los nobles ¿Y si uno intenta tratarme como mujer y no como reina?, además no sé las costumbres de esta raza, se podrían volver dominantes o no mantener el secreto y expresarse con gestos. Es mucho lo que pongo en juego teniendo esclavos en mi reino.
Se dio cuenta de que debía ayudarse de la vieja dama, así que pidió que diera repaso a los tres hombres ella sola y que llenara la vasija de cristal, a lo que respondió la sirvienta sabiendo a la reina apurada:
-Como sabéis, mi reina, mis caderas ya, etc., etc., -y recitó todo lo que ya conocemos sobre su anatomía usada por la edad, terminando con un trueque: Cumpliré sus deseos y podrá beber su brebaje pero a cambio deseo conocer el hechizo para conseguir la juventud que a vos os ha invadido. Que vieja y desdentada soy pero esto no me impide darme cuenta de que no es el Poderoso quien ha cambiado la marcha del transcurrir del tiempo que marca la edad de su merced.
La reina cogida por sorpresa y debido a las ansias de perpetuar su estado de goce juvenil, o al miedo al desconocido efecto si dejaba de tomar el brebaje, o puede que a la euforia de poder que da la juventud o simplemente a una inconsciente falta de reflexión, asintió y dio la receta con excepción de la frase mágica que la soltaría una vez cogiera el frasco en sus manos. Podía haberle mentido o darle una frase equivocada y hacerla desaparecer pero no lo hizo y este hecho fue el principio del profundo cambio en la escala de valores de sus súbditos.
La vieja, más que contenta por el trueque pactado y a la vista de los placeres que se le presentaban en forma de tres hombres altos, fuertes y bien formados, tomó el encargo con toda sus fuerzas y entró en la estancia para sacarles el saco de la cabeza y empezar a desnudarse. La verdad es que la escena era bastante patética, no por la edad de ella que era de mucho respetar, sino por las caras de lujuria que utilizaba aprendidas de viejas rameras. Pobres esclavos, si hacía breves instantes pensaban que se quedarían sin atributos, ahora tenían delante a una mujer desnudándose, que aunque no muy apetecible, tampoco dejaba de provocar calores teniendo en cuenta los largos años de esclavitud en que sólo utilizaban su colgajo para orinar.
La reacción fue casi inmediata. Pasado el desconcierto, tres prodigios dirigieron la mirada al cielo mientras iban aumentando su tamaño. Como podéis imaginar, con las manos atadas a la espalda y de perfil era muy puntiaguda la visión de estos futuros exprimidos. De hecho debían apartarse mucho para no darse golpes entre ellos y sí uno giraba sobre si mismo, los otros alejaban su trasero en acto reflejo.
La anciana hizo bien el papel ya que fue ordeñando uno tras otro, entreteniendo con su entrepierna a uno mientras daba placer con la boca al otro y con la mano derecha que era muy diestra al tercero. Siempre al tanto del nivel de excitación para que dado el momento depositasen todo lo suyo en la vasija. Y así fue, primero el más pequeño no pudo más y casi perfora el recipiente por aquello de vaciarse metiéndola en algún sitio. El segundo fue el mediano que dio tiempo justo a la vieja en separarse del más alto que la tenía tan bien ensartada que hasta la alzaba del suelo por aquello de la palanca, para coger la vasija y acertar con el chorro que salió despedido dirección a la nada. Por último y después del corte que le produjo la salida brusca de la dama de compañía debido al ímpetu del mediano

y de una dedicación posterior aplicándole un buen trabajo desdentado como disculpa, el tercero sobrepasó con creces la marca del limón en el recipiente.
La reina, que sólo pensaba en su dosis de elixir y viendo que al sol le quedaba poco tiempo para asomar su resplandor, dio la frase mágica a la dama mientras recuperaba ansiosamente la vasija. Y corrió a su habitación a recordar con su mente las escenas que acababa de presenciar entre cortinajes, ayundándose con sus dedos para darle más lucimiento a la situación y después de añadirle un poco de la secuela hídrica propia de este tipo de manualidades, beber el líquido vital a la salida del sol, pudiendo, de esta manera continuar con su juventud y belleza.
En otra estancia la vieja dama tuvo claro que podía desatar a sus ordeñados ya que como dóciles ovejas sólo tenían ojos para ella y la creían una diosa del placer. Y así fue, la siguieron plácidamente de vuelta a sus habitaciones para descansar hasta el próximo cambio de luna. No se sabe qué sucedió pero al día siguiente pasó lo que era de esperar, la vieja dama de compañía se había convertido en una joven, sensual y apetecible doncella, esto sí, con muchas ojeras y una extraña expresión de satisfacción y cansancio a la vez.
No cuesta mucho imaginar qué grande era la necesidad de las recientemente rejuvenecidas, que ni una vez en todo este relato encontraron desagradable y poco saludable el preciado elixir en el momento de su toma. Esto hace preguntarme qué pensarían las hermosas mujeres y los gallardos hombres que estén leyendo este escrito incluyendo al humilde autor de estas líneas, si después de haber tenido como repugnante el brebaje mágico se les ofreciera tales maravillas a cambio de una simple deglución.
Profundo y resbaladizo tema a meditar.

Capítulo 3. "El viejo pervertido"

Tan bella y joven se volvió la dama de compañía que costó verdaderos esfuerzos creer que era quien decía, pero como un caso parecido se había producido en su ama, aunque menos espectacular por ser menos la diferencia de la edad ganada, todos creyeron que el Poderoso había ampliado el don bendiciendo no sólo a la reina, que era de alto nivel espiritual, sino que podían acceder a él súbditos de más baja estofa.
Interrogaron a la dama rejuvenecida acerca de su estado y ella dijo:
-Yo sólo he aprendido e imitado las bondades y virtudes de la reina, accediendo, de esta manera, a ser bien vista por el Poderoso que me ha premiado con esta juventud.
Ya podéis imaginar qué revuelo hubo en el reino. Corrió el comentario de boca a boca. Todo el mundo quería imitar a la reina para ser premiado por la gracia divina. Se podía oír un murmullo de especulaciones acerca de cómo se debía comportar un devoto: que si castidad (sugerencia de algunos mal nacidos), que si dar todo por nada (insinuación de los presuntos beneficiarios), que si dar de comer al hambriento (evidentemente salía de bocas que lo estaban), que si sólo con la esposa (propuesta de las mismas), que si únicamente con el marido (curiosamente no venía de las anteriores), que si amor libre (de muchos hombres solteros y casi todos los casados), que si nada de excesos con el vino (de muy pocos de ellos), que si vivir separado del suelo para impedir los malos pensamientos terrenales (de algún elevado), que si orar todo el día sin descanso (de algún loco), que si menos orar y más ayudar al prójimo (de algún cuerdo, que Dios le bendiga), que si menos trabajar (de los que sabían realmente aprovechar las circunstancias), etc. Y así siguió hasta que exigieron a la dama que hiciera una lista de las virtudes y bondades necesarias para agradar al Poderoso, negándose ésta por no tener ni idea, pero dando ciertas normas generales que había escuchado de un cristiano: algo referido a no matarás, no desearás a la mujer del prójimo, no cometerás actos impuros, etc., que confirmó la creencia general del don ya que parecían de muy buen criterio.
Se leyeron rápidamente y todo el mundo adquirió una expresión de beatitud con la espalda curvada, las manos plegadas tapando sus partes, sonrisa de bondad en el rostro y caminar de orador que, visto desde fuera, parecía más una epidemia deformante que un intento de mejora espiritual.
Uno de los pocos que no creyó nada del cuento de las bondades y virtudes fue el rico Inaí ya que era gato viejo y por aquello de que tenía gustos más parecidos a una hembra que a un hombre, poseía como una intuición femenina que le hacía terriblemente agudo y peligroso. Éste era hombre de cuerpo pero mujer de corazón y esto fue lo que nunca pudo perdonar al divino Poderoso. Al crearlo con un envoltorio equivocado desarrolló un carácter resentido y envidioso hacia las mujeres, descubriéndose a sí mismo, con el transcurso del tiempo, una tendencia irresistible a abrazar adolescentes masculinos para mitigar sus necesidades maternales, que distaban mucho de las que siente una madre por su hijo.
Así pues, mandó llamar a la recién rejuvenecida dama de compañía y dijo:
-No es menester recordarte que, por causa de tu vida libertina, quedaste preñada de un rico casado y que éste no quiso saber nada de tu inconsciencia. No debo recordarte, tampoco, que viniste a mí pidiendo ayuda y yo acepté y crié este hijo varón como uno más de mis servidores. Tampoco debo recordarte que está entrando en la adolescencia y puede ser futuro miembro de mis burdeles para que pueda reembolsar a mis arcas el dinero que he gastado en él.

Pobre dama de compañía. Ella amaba con todo su corazón a su hijo y hasta ahora le tenía en casa de este depravado por falta de con qué comprarle su libertad, pero iba a verlo dos o tres veces por semana para estar con él y oír sus risas que le llenaban el corazón de alegría. Esto le hundió en la más profunda desesperación.
-¡Los burdeles no! -exclamó horrorizada.
-Pues remedio tienes en tus manos -dijo el rico Inaí-, debes contarme el secreto que tienes con tu reina y podrás llevarte a tu hijo a casa.
Y la desesperada madre, aunque intentó asegurar que eran las virtudes y bondades la causa de tal mejoría, no tuvo manera de convencer al gato viejo que estaba ya muy bregado en miles de lances y no creía en divinidades.
Así fue como la receta de la eterna juventud pasó a otros oídos.
Mientras tanto el mercader que estaba ya curado y aunque algo más delgado de tanto viaje a las letrinas, decidió que tenía fuerzas suficientes para recoger su recompensa. Cuando iba a poner rumbo a palacio recibió de la reina un frasco y una nota que decía:
-Apreciado mercader, como mi ardor por vos me aprieta, ruego venga sin demora a palacio para darle cuenta de la recompensa prometida por sus servicios. Para ello he preparado este elixir que produce excitación y dureza sin comparación.
El hombre casi se muere al no acordarse de respirar. Le faltó tiempo para abrir el frasco, beber su contenido y salir a la calle en dirección al palacio. La calle estaba llena de vendedores y damas comprando cuando, no había andado unos metros, empezó a ver y a oír hembras con una intensidad tal que sin poder remediarlo su parte opuesta a las posaderas se puso con una fuerza y dureza sin compasión a mirar al cielo. Aunque los vestidos que llevaba eran anchos no era fácil disimular tal bulto, además con este don era imposible andar sin golpearse con las mujeres que empezaban a separarse y hacer comentarios sobre él. Tuvo que intentar esconder sus exacerbados atributos y lo más rápido que pudo se escondió en su casa.
Era terrible tal estado, y si durase eternamente sería horroroso transportar tal aparato, sólo podría dormir de espaldas y tendría que levantar las mesas del suelo para poder sentarse. Y no hablemos de intentar atinar al orinar, razonó.
Mientras estaba en estas tensas meditaciones notó que la cosa iba de baja, alegrándose enormemente. Cuando le pareció que su estado podía pasar inadvertido abrió la puerta y al asomarse tuvo la mala fortuna de cruzarse una mujer, ni muy guapa ni muy joven, sólo una simple hembra. Cerró la puerta preso del pánico con la visión del súbito incremento de su entrepierna ya que era de sobresalto tal instantánea reacción.
-No pasa nada -se dijo- debo ver a la reina para que me dé el antídoto a este brebaje y, por qué no, aprovechar mi estado y gozar de mi premio. Si no puedo ir por el día iré por la noche.
Así fue que pasó todo el día escondido en su casa impidiendo la entrada de toda hembra, incluso a su vieja criada. Llegó la noche y ya se las veía bien cuando asomó la cara para ver si podía salir, encontrándose por sorpresa que un tratante de camellos estaba instalando su puesto de venta delante de su casa y éste estaba lleno de camellas. No lo podía creer, funcionaba con cualquier tipo de hembras, qué vergüenza, él tan hombre y ¡perder la decencia por la visión de una camella!, cerró doblemente horrorizado la puerta decidido a matarse o a matar a la reina. Lo malo del tema no era que estuviera en buen estado sólo con la presencia del otro sexo fuera humano o animal, sino que de tanto estarlo tenia sus partes doloridas y esto complicaba mucho más el problema.
Estuvo toda la noche enfurecido hasta que al amanecer se le ocurrió hacer una prueba. Llamó a su criada y estando él con los ojos vendados le pidió que entrara. Todo iba de maravillas hasta que la mujer abrió la boca para preguntarle por su vendaje. Aún lo recuerda la vieja, con cada palabra que pronunciaba, un bulto en la entrepierna de su amo

empezaba a agrandarse hasta llegar casi a romperle los calzones. No pudo más y se hecho a reír la poco comedida, enfureciendo a su señor que la hizo salir de inmediato a insultos.
Estaba absolutamente desconsolado cuando de imprevisto una idea le llenó de esperanza:
-A lo mejor vaciándome se acaba el problema -e hizo llamar con urgencia a una ramera que conocía. Cuando ella entró alarmada por la premura de la convocatoria en los aposentos del mercader, quedó gratamente sorprendida por tales portentos que se vislumbraban y de inmediato empezó a ejercer su profesión con rutina primero, con algo más de interés más tarde y con el orgullo herido al final. Increíble, el brebaje daba dureza pero era imposible descargar. La mujer lo intentaba con todas sus artes heredadas de generación en generación pero sólo conseguía que aumentase el tamaño de aquel miembro autónomo y, por lo tanto, el dolor del pobre mercader. Así estaban las cosas cuando "el dolorido" decidió al fin pagar doble para ahorrar comentarios y encerrarse en casa a calmar los ánimos de su exaltado apéndice y esperar a que terminara el efecto.
He aquí la venganza sutil pero terriblemente dura de una hembra, aunque de real cuna, resentida por el desplante del mercader, y he aquí la muestra que con mujeres más vale a buenas que a dolorosas.

****

Llegó el día del cambio de luna y en los planes de la reina y su dama parecía que todo estaba bien previsto. Por un lado tenían al noble Eufebio "el Bocabierto" localizado, por otro estaban a buen recaudo los tres presentes del rey extranjero que habían demostrado capacidad para dos brebajes o más, y por último guardaban de reserva al mercader en su casa por si sucedía algún imprevisto. No parecía que hubiera que temer y menos volver a sufrir los nervios de las últimas ocasiones.
Por el contrario, el que estaba en pleno estado de expectación y nerviosismo era el rico Inaí que quería probar el brebaje cuando despuntase el sol del nuevo día. También lo tenía todo dispuesto, por un lado los tres donantes, que aun de poca edad estaban bien provistos y probados por los reconocimientos oportunos realizados personalmente días atrás. Una mujer para que diese su repugnante flujo impúdico ya que él no podía por culpa del divino poderoso, según palabras textuales del rico cuarentón. También poseía la medida justa del elixir que necesitaba y que era la misma que utilizaba la reina (copiada por la dama de compañía) y para terminar una fiesta preparada de ambientación demoníaca con máscaras de juguetones demonios para sus invitados y de rey de la oscuridad para él. Todo ello con el fin de dar la atmósfera adecuada a su resurgimiento como un nuevo ser irresistible y tentativo.
Así transcurrió la tarde con los preparativos hasta que llegó la noche en que entraron los invitados y se les vistió de traviesos diablillos. La fiesta carecía de mujeres pero estaba bien surtida de hombres y de imberbes. Había centros de exóticas comidas con claras referencias a sus inclinaciones, como por ejemplo los huevos de gorrión confitados con miel, o los plátanos rellenos de una crema blanquecina de sabor dulzón, o incluso los higos aplastados con chocolate para dejar bien claro su desprecio al sexo contrario, etc. También se podían conseguir por doquier bebidas fuertes y agradables al paladar y una banda de desnudos y jóvenes músicos desprendían notas infernales. Nadie sabía nada y nada debían saber ya que sería el único en rejuvenecerse eternamente. Todo parecía perfecto.
La velada se desarrolló como era previsto con muchas alabanzas, varias amistades de por vida y con promesas miles a su anfitrión que estaba sentado en un trono con forma fácil de imaginar, hasta que se acercó la hora de la toma. Se despidió temporalmente de sus demonios y seguido de sus tres donantes se dirigió a la sala en que tenía escondida a la mujer. Ordenó que en su presencia llenasen la vasija los somnolientes imberbes y con

claras efusiones de goce a su futuro estado juvenil, se la pasó a la mujer que apareció entre cortinajes para depositar con un rápido movimiento su parte de la fórmula. El rico y futuro rejuvenecido Inaí, aunque con un poco de asco debido al sabor extraño que atribuyó a los fluidos femeninos, bebió con la ilusión del que se cree vencedor.

Podría decir aquello de que se quedó desnudo y bello viendo despuntar el día, pero iría contra mis tendencias alabar dichas relaciones con jóvenes inmaduros, así que, con claro desprecio me alegra decir que no funcionó, que el seboso y repugnante pederasta siguió seboso y repugnante y tan viejo como antes. Lo que no me alegra describir es la furia que desató cuando se dio cuenta que por muy hembra que se considerase no podía aportar sus fluidos al hechizo y esto hacía imposible que obrase el milagro. La ira fue de tal intensidad que lanzó todos sus dardos venenosos al sexo contrario con odio acrecentado al sentirse irrefutablemente apartado de la condición femenina. De hecho, no pensó, debido al rencor, en el posible beneficio económico que podría representarle el conocimiento del secreto de la vida eterna en eterna juventud y actuó de una forma irreflexiva contando a todo el que quisiera oírlo el secreto de la reina y su dama.

Capítulo 4. "El descrédito"

De grandes virtudes y bondades, decían unos con burla. Otros con menos sentido del humor la criticaban resentidos aplicando en sus palabras un nivel de crueldad acorde a la cantidad de oraciones que habían invertido en perseguir su juventud, como si el ridículo por haber adoptado estúpidamente la pose de bobalicón bondadoso se hubiera convertido en ira descontrolada contra la reina. Todo el mundo se mofaba de ella y empezaron a correr historias muy diversas desacreditando la virtud real, algunas que parecían poco probables como la de un lavandero y no sé qué sobre unos limones y otras que cada vez parecían más ciertas.

La reina no deseaba ver a nadie, se escondía en sus habitaciones sintiendo una vergüenza tan desmedida que hasta le costaba empeños separar las piernas. A oscuras e inmersa en un mundo de desconsuelo justo podía respirar. Todo lo que ella imponía con seguridad antes de ser tentada por la juventud eterna lo había transgredido y no había perdón. Ahora cualquiera podía hacer lo que quisiera ya que no había persona alguna como referencia y además, para colmo, si era hembra podría vivir eternamente joven como ella.

Pasaron los días y mientras la soberana seguía desaparecida en sus aposentos empezaron los cambios. Las primeras que modificaron el trato de sus relaciones fueron las rameras que por algo eran las que tenían la materia prima más a mano, nunca más bien dicho. Pasaron de cobrar por sus servicios a hacerlo gratis a los tres últimos clientes antes de salir el sol en los días en que cambiaba la luna, pero como resultó que de mujeres de esta mala vida estaba el reino lleno, algunas, las menos solicitadas, declararon refriega gratis todo ese día. Esto creó tal escalada de ofertas y descuentos que al poco tiempo al solicitar un servicio recibías a cambio un presente como incentivo o tenias la oferta de dos por el precio de una, que no era para despreciar. Realmente se notó en el nivel de la profesión ya que muy pronto este reino contó con las cortesanas más baratas, bellas y sorprendentemente jóvenes de la tierra conocida. Tal era la necesidad profesional que se había creado en estas damas que incluso más de una llegó a decir que nunca en su larga carrera había bebido tanto producto del goce masculino y de tan variado origen en tan poco tiempo como el que consumió en este período. De hecho, esta costumbre gastronómica es muy rara en el ejercicio normal de esta profesión pero debido a que muchas de ellas carecían de gran inteligencia, pensaron que, por si acaso, valía la pena deglutir lo que viniera a tiro antes de despreciarlo, cosa que sorprendió gratamente a sus clientes.

La mejoría de las damas de mala vida despertó la tentación de las mujeres honradas que viendo su imposibilidad de obtener el brebaje de tres hombres ya que sólo disponían por ley de un marido, empezaron a sembrar cizaña en primera instancia y bastantes cuernos en instancias posteriores.

Hubo casos para todos los gustos. Desde las viudas ricas a quienes les era fácil llevar el ritmo que requería conservar la nueva juventud, ya que podían mantener a tres amantes a cuerpo de rey para que les sirvieran elixir, en las fechas señaladas, directamente de la fuente de origen (además de permitirse algún aperitivo extra entre lunas). Pasando por las ricas pero casadas que lo tenían menos bien ya que no se atrevían a pedir el consentimiento de sus maridos (aunque más de una lo consiguió sin mucho esfuerzo e incluso algún cónyuge deseoso de juventud obligó a ello). Pero estaba claro que la recuperada juventud delataba el medio usado para conseguirla y evidentemente, lo que habían bebido últimamente; por lo que, curiosamente, surgió una forma de vestir, maquillar y comportarse con el peculiar propósito de esconder la falta de edad y la belleza a los

maridos ¡Cuántos problemas aparecieron al intentar disimular no sólo la nueva apariencia externa sino también los signos naturales propios de perder de nuevo la recuperada virginidad, gastando saliva y imaginación en explicar historias sobre periodos menstruales adelantados y extrañamente oportunos!

De hecho se abrió, entre los hombres libres o necesitados, la caza de las casadas adineradas por su físico rejuvenecido, su bolsa obsequiosa y que no ataban corto entre dos lunas como hacían las viudas a sus protegidos.

Las menos afortunadas eran las que debían luchar en tres frentes, por un lado los maridos celosos que no aceptaban que su mujer bebiera tal brebaje, por otro su lucha interna por decidirse o no, que no era una guerra a menospreciar y en tercer lugar si se decidían, debían buscar a los tres donantes, siendo al principio relativamente fácil sin dinero pero empeoró con el transcurso del tiempo.

Pensad cómo seleccionaría a tres generosos, apreciado lector, una dama ni rica ni pobre, desmejorada por la edad y los hijos: Uno sería fácil: el marido; el otro podía ser el vecino si su vecina aceptaba el trueque de líquidos y el tercero un extraño que se aviniera al placer. En cualquier caso no era fácil y sobretodo poco seguro.

Lo que quedó definitivamente claro fue que no era práctico estar cada cambio de luna saliendo de caza. Así pues, para remediarlo y como frente a la dificultad se atiza la imaginación, emergieron varios sistemas para solucionar este tema tan untuoso. El más práctico y que adoptaron rápidamente las esposas más avanzadas, fue agruparse de tres en tres y formar asociaciones de intercambio de extractos de marido, y digo lo del extracto ya que el convenio decía que en los días señalados y en menos de cinco horas debían sacarles tres dosis a cada uno. Esto generó cierto desequilibrio en las mentes de los exprimidos por aquello de una semana a dos velas y en un día tres de golpe. Además si el marido no daba la talla por causa del propio implicado o por aquello de que es más verde la hierba del vecino y faltaba motivación para tanto ajetreo, pues se rompía el negocio y podían perder toda la juventud ganada, volviendo a su estado natural de vejez.

Más de una salida urgente a última hora en búsqueda de hombre al precio que fuera se vio en esos días. Estos trueques, era evidente, requerían seriedad de profesional.

Las poco agraciadas, solteras y pobres lo tenían muy mal y no era justo. No es que fueran muchas pero ya se veían viejas y dedicadas a cuidar los hijos de las otras con más fortuna. Esto hizo que se reunieran para protestar por la injusticia y recibieron poca atención por evidentes razones de interés y estéticas. Siento expresarme tan crudamente pero mi misión es intentar relatar lo más imparcialmente los hechos, y en este caso fueron tal como suena.

En cuanto a los hombres había de todo, unos que estaban casados y temían más por la fidelidad de sus esposas que por obtener los beneficios que les representaba tener entre sus piernas un producto solicitado con amplias posibilidades comerciales. Otros lo vieron claro inmediatamente y siendo solteros o casados decidieron hacer valer su entrepierna y aunque parezca raro, al fin, el instinto animal masculino (que forma parte inseparable de la naturaleza del macho) no provocó que las mujeres siguieran considerando a los nacidos con sexo masculino como unos pobres seres perdidos entre las ansias de meterla en sitio caliente. A partir de ese instante esta fuerza líquida se convirtió en un valor en alza, algo con la suficiente energía para mover el mundo. En resumen: un fruto extremadamente deseado por las hembras por encima de muchas otras necesidades.

No sé de qué os extrañáis bellas damas que leéis este relato. Si lo pensáis mejor veréis que más o menos es lo que ocurría con las mujeres y su poder sobre los hombres antes del hallazgo del elixir y que ellas detestaban pero utilizaban con mucha eficacia. De hecho, si antes era el instinto de reproducción que tenía a los machos a merced de las hembras, después fue la vanidad lo que hizo que las mujeres lo estuvieran de los hombres. Las tornas habían cambiando.

También me gustaría explicar el caso que me contaron de un matrimonio que escogió por mutuo acuerdo no beber el elixir, el marido le dio libertad absoluta y la esposa le pidió consejo:
-¿Qué debo hacer? -le dijo la mujer al hombre-. A cambio de ser joven pagaré el precio de ver envejecer y morir a nuestros hijos varones y a ti. Envejecer juntos hace que nuestro amor se conserve y tengo miedo que la diferencia de edad me separe de tu lado. Perder el cariño que nos tenemos mutuamente es motivo de desgracia para mí. Ahora bien, por otra parte, piensa mi amor -añadió- que si no caigo en esta tentación nunca más mi piel será tersa, ni mi rostro bello, ni mis pechos hermosos.
A lo que el hombre contestó: -No hay mejor regalo para mí que tu negación a la juventud eterna y mi peor desgracia sería separarme de tu lado. Tu belleza no reside en tu cuerpo, que creo muy bello, sino en tu forma de amar, en tu fuerza, en tu valor, en tu dulzura, en tu debilidad, en tu deseo, en todo tu ser. Por todo ello te amo y no por tu apariencia.
Y así decidieron y de este modo vivieron envejeciendo juntos. Es grato saber de estos seres, pero también es justo aceptar las decisiones de cada uno y, por todo lo sucedido, puedo decir que noventa y nueve porciento de las mujeres de este reino bebieron con desbordante sed, aun conociendo los inconvenientes que argumentaba la esposa prudente que hemos citado.
Eodora, una apasionada pero ya madura mujer de sesenta y nueve años, fue la primera que habiendo probado el elixir durante un año seguido, decidió por amor dejarlo. El hombre que la condujo a tal decisión era un ser despreciable y dominante pero se había asentado en su mente dejando poco espacio para sus pensamientos. Así pues, su amante la obligó por capricho a volver a la vejez como prueba de la pasión que sentía por él. Esto hizo que las consecuencias de tal acción fueran mucho más amargas para ella ya que no sólo perdió la juventud ganada y envejeciendo súbitamente se encontró con setenta años, sino que además se quedó sola, evidentemente.
Eodora al verse rechazada probó el elixir por segunda vez y recuperó nueva juventud pero tuvo muy claro que ningún hombre ni suceso debía impedir tomar su brebaje en el futuro ya que esto significaría volver a caer en manos de la vejez y de todas sus consecuencias. Pensad que al presentarse progresivamente tal deterioro celular pueden incluso sobrellevarse con orgullo, pero si se asoma bruscamente pueden destruir a la más entera. También se ha de tener en cuenta que cuanto más se tardaba en dejar el elixir, la vuelta a su edad natural podía significar el encuentro súbito con la muerte por sobrepasar los años que un cuerpo es capaz de sobrevivir. Por lo tanto había una edad límite en la que abandonar la juventud eterna conllevaba el fin de la existencia.
Cuando la voz sobre el suceso llegó a todos los jóvenes oídos femeninos corrió el pánico, todas decían que ésta era una juventud peligrosa y podía llevarte a la tumba precipitadamente. Las hembras del reino hicieron sus cuentas y, ¡horroroso!, gritaron al unísono y por todo el país.
Pánico creo que es la palabra correcta aunque demencia no está nada mal para describir el estado de las bebedoras insaciables. Todas dejaron de ser amigas y como rivales se comportaron.
-Hombre asegurado vale su peso en favores -decían las menos afortunadas económicamente.
-Hombre asegurado vale su peso en oro -aseguraban las más adineradas y con las ideas muy claras. Mientras unas tentaban con todo lo que pudiera satisfacer a un hombre, otras ofrecían más. Era la guerra de mujeres contra mujeres.
Los hombres, como no, en la gloria ya que todo eran proposiciones y ofertas de cualquier tipo. Hasta creo que una mujer de enorme belleza y alta cuna se ofreció a tres hermanos a ser su esclava complaciendo cualquier deseo todos lo días de su vida a cambio de su zumo

rejuvenecedor, llegando a no cerrar el trato por tener los hermanos muchas otras alternativas mejores.
En las noches de cambio de luna sucedían casos dramáticos por doquier; aparecían al día siguiente mujeres descompuestas por el desánimo, vestidas con ropajes entallados para cuerpos jóvenes pero patéticamente desacordes con la transformación sufrida por la aparición repentina de la vejez. Gracias a Dios que muchos lazos y botones fueron expedidos al suelo debido a la presión ejercida con el súbito aumento de volumen evitando, de este modo, más muertes por asfixia. Incluso me contaron el caso de una pobre mujer que al no conseguir la dosis empezó a engordar de una manera desproporcionada, contrariamente a la delgada figura que lucía en su juventud, no dando tiempo a rasgarle sus vestiduras y muriendo, cual embutido, en un corsé de talla adolescente.
Triste espectáculo el de un ser en edad tardía con forzada apariencia juvenil, sea hombre o mujer.
También se vio que únicamente del goce del hombre no vive la mujer ya que sólo eran eternas si no se les truncaba la vida. De hecho eran muy resistentes a las enfermedades pero a la falta de comida y al cuchillo eran sensibles como el que más.
Es de justicia decir que los hombres al ver que tenían el poder en sus manos desarrollaron verdaderas dictaduras con actitudes de elevado sadismo. No quiero describir las escenas de dolor, crueldad, maldad, tiranía, odio y bajezas por parte de los dos sexos que me contaron, pero les aseguro que superan a cualquier otra época negra de la humanidad.
A todo ello la reina seguía en sus aposentos apartando de su mente cualquier pensamiento relacionado con la realidad. Estaba en un estado de desconsuelo absoluto, sólo recibía a su dama de compañía que había sido perdonada al reconocer que el amor de una madre puede sobre cualquier compromiso de fidelidad dado. Eran tiempos de caos en el país y de negrura en su mente. Los hombres no trabajaban y sólo imponían acuerdos basados en su entrepierna, las mujeres luchaban contra todo por mantener su juventud y su vida, las escuelas estaban vacías, los campos desiertos, todo el país parecía destinado a la destrucción casi inmediata.
-Mi preciosa reina -dijo el mercader que ya no tenía problemas con el tamaño de sus atributos y que llevaba meses a la puerta de palacio esperando verla-, recuerdo a una mujer con dulzura en la mirada, fuerza en el corazón, firmeza en su voz, sentimiento en sus emociones y justicia en sus decisiones (evidentemente estaba enamorado). A una mujer que tenía por primero reinar un país antes que llorar sus penas. A una reina con el increíble don de ser humana y dejar a un lado sus intereses frente a las necesidades de su pueblo. A esa reina yo adoraba y deseaba, pero amaba en secreto. Y este amor que le profesaba aún lo siento, aún hace sufrir mi corazón y aún necesita ser correspondido. Para decirte esto he estado tantos meses en las puertas de palacio pasando, por cierto, mucho frío y allí me han llegado noticias que dicen que tu país te necesita, que te han perdonado porque ellos han cometido el mismo error y que se encuentran sumergidos en la espesura del desconcierto y que sólo tú, mi reina, puedes liberarlos de la destrucción.
La reina mora, que era una mujer con un claro destino de servicio, sintió como la necesidad de su gente la cogía de sus entrañas y la sacaba del profundo pozo en que su alma se había escondido. Levantó la vista y besando dulcemente la boca del mercader se apretó contra su cuerpo, desenterrando, poco a poco, el sentimiento de afecto hacia sus súbditos que se había negado por vergüenza propia. El mercader aguantó paciente los lloros de su compañera; cabeza junto a cabeza notaba como la ilusión de la reina volvía a su mente y recobraba la entereza. Al fin, la luz del atardecer obró el milagro y la piel brillante y aterciopelada de la mujer desprendió deseo de entrega. La amante no sentía dolor ni pena, era el despertar del letargo, era la unión del placer con el amor, era sentir que perdía su recobrada virginidad a manos del ser elegido con un futuro lleno de promesas y de lucha.

El mercader, sufridor de un ideal imposible, sólo deseaba sumergirse en esa piel y nadar entre sus pliegues en busca de lo interminable. En ese instante diéronse cuenta los dos que no era un momento cualquiera sino el nacimiento de una nueva era, para el país, para la sensatez y para un hombre y una mujer (¡qué *snif, snif*!).

Capítulo 5. "Historia antigua, historia moderna"

-No tengo tiempo para hablar contigo, debo irme a la casa de la donación para mi primera extracción. Mi turno es el de las doce -le dije a mi amigo Noel y me dirigí apresuradamente a la enorme casa circular que hacía muchos, muchos años habían construido por orden de la soberana y del viejo mercader.

-Koal ves deprisa que es casi el mediodía –me gritó desde lejos.

Corrí desesperadamente para llegar a tiempo ya que un retraso se pagaba con el castigo del solitario y no quería tener que hacérmelo solo. No es que no quieran ayudarte pero si no llegas a tiempo las meneadoras tienen prohibido colaborar en la extracción y ya se sabe, mejor unas manos extrañas que las conocidas y aburridas propias. Subí desesperado por la gran escalinata de piedra negra cuando los guardias, sólo verme, empezaron a reír. Ya era la sexta vez en un año que, por ser persona despistada, aparecía en la casa de la donación en fechas equivocadas. Pensad que sólo un día de cada dos semanas es cuando tenía la obligación de asistir, y yo nunca sabía cuál era.

-¡Noel debe morir! -exclamé cuando recordé que fue él quien me apremió a que corriera. Siempre se aprovechaba de mis despistes, aunque es verdad que también cuidaba de mí en los días importantes para que cumpliera con el deber.

Volví a donde me esperaba mi amigo que mantenía una sonrisa irónica, al principio, y un mar de carcajadas después. Aguanté la burla que, para mi gusto, duró demasiado tiempo, y dijo:

-Koal, cuéntame la historia moderna -sin mostrar demasiado interés ya que para él estos temas no tenían importancia, sólo la semana de la libertad y los entretenimientos inferiores lograba penetrar satisfactoriamente en su cabeza. Pero como él precisaba:

-Para pasar el rato no está mal.

Muchas veces pienso cómo habría sido de diferente nuestra vida si no se hubiera encontrado el manuscrito. Ya han transcurrido más de novecientos años desde que la reina saliera de su clausura y retomara las riendas de su mandato juntamente con el mercader. Más de novecientos años de profundas y curiosas transformaciones que casi han pasado a la memoria perdida de los tiempos, pero que a mí me gusta descubrir y meditar sobre ellas.

Me presentaré, mi nombre es Koal de Aarona y para bien o para mal soy descendiente directo de la reina y del gran mercader. Siempre me ha interesado nuestra historia habiéndola oído miles de veces en boca de hasta la propia soberana. Gracias a ello he podido describirla intentado ser lo más estricto en la narración que acabáis de leer, esperando haber tenido en cuenta los detalles más importantes y estar expresada en el lenguaje adecuado.

Mi amigo es de la opinión de que la historia no tiene mucho interés y que es una pérdida de tiempo su estudio ya que nunca podemos volver a la distribución de sexos que reinaba antes del hallazgo, donde los hombres y las mujeres vivían en tiempos parecidos y donde, imaginad qué atrocidad más impensable, la gran mayoría de los hombres trabajaban y las mujeres cuidaban de la casa y los hijos. Incluso se dice que en aquellos tiempos algunas mujeres pedían tener poder en las decisiones, cuando por todos es sabido que en los temas relacionados con el andar de la nación y de la economía deben tratarlo ellas que por algo son eternamente jóvenes. Cuando era adolescente creía en la verdad de que las mujeres sirven para trabajar y gobernar el país y los hombres para buscar el desarrollo del cuerpo, la mente y el espíritu, ya que unas disponen de la visión global de la historia y los otros de la necesidad de la realización personal frente a la muerte. También en esa época creía y en este caso aún no he cambiado de opinión, que es interesante conocer los tiempos pasados

porque nos dejan ver que todas las cosas que se dan hoy como ciertas no siempre lo han sido y que por lo tanto son susceptibles de cambio.
Pero volvamos a la historia moderna que empieza con el encuentro de los dos amantes reales y que es la que mi amigo encontraba más entretenida.
-Ya sabes, Noal, que la reina y el gran mercader decidieron reunir a todo el país, por un lado hombres, por el otro las mujeres. Se congregaron representantes de todas las clases sociales y oficios, desde el noble hasta el plebeyo, de una ramera a una dama de alcurnia, muchas jóvenes y algunas pocas viejas. Pero lo que no conoces –continué- es que antes de esto reunieron a toda la guardia, hicieron limpieza de insubordinados y pusieron orden, asegurándoles comida y, si lo deseaban, elixir para sus mujeres sin los engorrosos problemas propios de la intendencia. La guardia tuvo como primera obligación cerrar las fronteras del país no dejando ni entrar ni salir, impidiendo que el secreto de la eterna juventud se difundiera por el mundo y como segunda, poner orden al caos reinante, castigando severamente a los súbditos más peligrosos para el nuevo sistema (original medida, por cierto).
La asamblea se celebró y opinaron los presentes de la siguiente manera:
-Es menester prohibir el uso del brebaje -dijeron unos pocos, a lo que exclamaron la inmensa mayoría- ¡que les corten la lengua y lo otro!
-¡Lo otro no! –gritaron un grupo de mujeres verdaderamente preocupadas.
-Bueno, sólo la lengua –rectificaron los presentes utilizando el tono reconciliador propio de una negociación claramente destinada a un acuerdo.
A casi todos les beneficiaba, unas porque de ello dependía su vida, otras porque era un seguro de juventud. A los hombres les parecía bien ser el blanco de los ruegos femeninos además de ganar considerablemente en la calidad de las carnes a degustar. Si no era por sensibilidad era por necesidad, si no era por goce era por comercio, pero todo el mundo estaba de acuerdo que era una cuestión indiscutible.
-No quiero que mi marido dé lo que sólo es mío -afirmaron las más posesivas.
-Si tu marido me lo quiere dar no seré yo quien lo escupa -contestaron las otras representando la escena con gestos fáciles de imaginar y calentando los enseres recluidos de las anteriores.
-Yo puedo pagar y por lo tanto no me importan vuestras tonterías -dijeron las adineradas.
-Estúpidas hijas de...-contestaron las menos afortunadas.
-Tenemos derecho a hombre -exclamaron todas.
-¡Tenéis derecho si nosotros queremos! -interrumpieron enojados los antedichos que se sentían acosados sexualmente y por lo tanto sumamente indignados, los pobres.
-Que se lo ganen -imponieron los que tenían intereses en el negocio de los zumos masculinos.
-Queremos rameras gratis -gritó un loco que no se enteraba que las prostitutas habían desaparecido por cierre irremediable del negocio.
-Que los hombres nos ofrezcan su caldo para que podamos ser jóvenes –sentenciaron al final las interesadas.
En cualquier caso quedó claro que los sentimientos, virtudes y decencias se inclinaban frente a las ansias de juventud y belleza o de placeres y dinero. Una vez visto que era imprescindible un sistema anónimo de producción de elixir y que éste fuera organizado por el estado como el reparto de la harina en los almacenes reales, se pasaron a estudiar los detalles.
-Que paguen por ello si lo quieren, por el contrario ni con la mejor de las mejores artes no nos sacarán ni gota -dijeron los bendecidos por las circunstancias; a lo que las mujeres replicaron:
-¿Por qué debemos pagar si hasta ahora nos habéis rogado que lo aceptemos?

Y respondieron los hombres:
-Porque las tornas han cambiado. Antes si no buscabas no encontrabas, ahora sin buscar nos sobran ofrecimientos, además -añadieron- si queréis que envejezcamos mientras vosotras vivís en juventud debéis hacer que nuestra vida sea placentera ya que poca es nuestra existencia si la comparamos con vuestro futuro.
La cosa estaba clara, alguien debía cuidar los campos y animales, hacer casas y muebles, gestar nuevos seres, cuidarlos y darles educación, pescar y cazar, etc. Resumiendo, unos tenían una cosa que querían las otras, pero los unos y las otras tenían que comer para poder dar o recibir, lo que llevaba a la necesidad de un acuerdo.
Empezaron las mujeres a ofrecer un día de descanso cada quince soles, coincidiendo con cada cambio de luna, a lo que los hombres hicieron el gesto del dedo recogido en señal de no aceptar. Subieron la oferta, ellas trabajarían cinco días a cambio de tres extracciones en los días citados, a lo que los donantes subieron la mirada a los cielos soplando por lo bajo mientras mantenían el dedo de la mano derecha en la casta posición anterior.
-¿Qué deseáis? -preguntaron las hembras cansadas de tanto signo ridículo.
-Todos los días sin trabajo y un ordeño cada vez -respondieron los hombres.
A lo que fueron las mujeres las que se dieron la vuelta y mostraron las posaderas con el claro significado de ya os daréis vosotros por el ...
-Siete días de trabajo y otros tanto sin, a cambio de una extracción -propusieron los machos un poco temerosos de lo del trasero.
Las rameras, viendo una salida airosa, decente, duradera y estable a su profesión como trabajadoras estatales y utilizando la sabiduría que les es reconocida, sugirieron:
-Siete de trabajo, siete librando de él y dos ordeños con goce a manos nuestras por cada hombre en los días de cambio luna.
Y así se avinieron todos gracias a estas santas señoras ¡Dios las bendiga!.

Capítulo 6. "La visión"

Nunca había visto tal imagen, era joven, no muy hermosa, pequeña pero con unos ojos llenos de promesas sin límite. Quede boquiabierto viéndola pasar, a lo que Noal, que se había encontrado con un silencio repentino y siguiendo mi mirada había llegado a ella, dijo:
-No está mal pero las hay mejores, aunque ya conozco tus gustos y dejan que desear -a lo que no pude responder lo que se merecía por tener obturada mi garganta con las pupilas de aquel ser irresistible.
-Es una eterna, ¿no ves su anillo? -afirmó-, sólo pídeselo y si a ella le apetece un placer contigo os dais un encuentro y podrás volver a la realidad para seguir contándome la historia de la reina y el mercader.
Lo que hizo acordarme, hablando de realidad, que había quedado con mi novia. Eonora era bonita, de cuerpo apetecible pero muy particularmente apasionada, de buena cuna y bolsillo. No era una eterna y por lo tanto podía tener hijos con los que envejecería a su lado y al mío. Podría ser una perfecta esposa.
Corrí al encuentro de mi futura cuando al torcer una esquina la vi sentada en un banco de la calle y con la cara de enfado que acostumbraba a llevar puesta cuando yo llegaba tarde, que eran muchas veces. El enojo era inmenso esta vez, un joven creyéndola una eterna le había hecho insinuaciones y como para ella esto era de una bajeza y falta de estilo sin igual, se había negado a responder, a lo que el insinuador creyó ser aceptado y insistió con más ímpetu llegando a manosear los pechos de Eonora que estaba petrificada por el ridículo que sentía. Todo terminó cuando el interesado se aburrió de intentar descongelar tal bloque de hielo en plena calle y se fue. De hecho, que Eonora haya escogido como futuro marido a un pobre infeliz como yo, falto de riquezas, despistado y con pocos encantos, fue debido al resultado de una coincidencia que me permitió descubrir el inconfesable secreto que desencadena su subida a los cielos del placer y que la tiene necesitada de mí.
Resulta que, según me confesó más tarde, muchas madrugadas y siempre después del mismo sueño que no recordaba, se despertaba plena de excitación y deseo, pero que por más que intentase ponerle remedio con todas las artes que imaginaba, tales como, jugar con sus pertenencias boca abajo pasando la mano entre sus nalgas o boca arriba como en el sistema tradicional; a tres patas y una estirada o con las cuatro en el suelo; levantada con las piernas separadas o en la misma posición pero con ellas muy juntas; con un saco en la cabeza o con él impidiendo la entrada de sus caricias a la bragadura para estimular el deseo; utilizando frutas o las extremidades de las mesas; en agua fría o en agua caliente, incluso lo intentó cabeza abajo, cosa que aparte de un sonoro golpe al desequilibrarse no mejoró su estado de necesidad. Esta situación la hacía volverse loca porque empezaba el día muy pronto y con su nivel de ansiedad no podía ni dormir ni vivir. Lo más curioso era que, incluso viendo y probando miembro masculino, no llegaba a ningún fin ya que no le apetecía nada de lo visto ni probado. Y lo realmente desesperante fue que siempre intentó recordar cuál era el sueño por si en él estaba la clave del enigma, pero nunca pudo.
Y así andaba esta bella mujer, fría y deseosa a la vez, hasta tropezar con un servidor que por asistir a un baile de disfraces me había vestido de pato en celo, que casi no se diferencia del que no lo está excepto por una larga y delgada tira de tela roja que me había colgado en la entrepierna y que al no poder mantenerla tiesa la arrastraba por el suelo. Pues esta imagen tan poco sensual pero bastante cómica hizo el milagro. Me di cuenta que

mientras iba hacia el baile una mujer me seguía con extraños movimientos, me aproximé a ella por si estaba enferma cuando me di cuenta que, a medida que estaba más cerca, más claro oía gemidos de placer. Miré a mi alrededor para buscar el origen pero todo indicaba que procedía de esa joven con ricos ropajes. Me extrañó al principio, dudé a medida que me acercaba más, y me encantó cuando me di cuenta que los extraños movimientos eran realizados por debajo del ombligo y lo más excitante era que su deseo lo encendía yo. Cuando estaba apunto de ofrecerme a ayudarla desinteresadamente explotó en un grito imposible de mal interpretar que atrajo la atención de todos los presentes. Supongo que un hombre disfrazado de pato en celo y una mujer dándose gusto en mitad de la calle no es un espectáculo destinado a pasar precisamente desapercibido y por ello, se fue creando un denso público a nuestro alrededor. Ella desapareció corriendo ruborizada y yo con mis dos miembros desarrollados, el del pato y el mío, huí ansiando encontrar un lugar menos concurrido para retroceder unos minutos en mi memoria y revivir con más detalle lo sucedido, lejos, claro está, de las miradas de la guardia ya que era la semana de preparación para la donación.

No la volví a ver hasta que un día en el mercado coincidí con ella; casi no la reconocí por la actitud que tenía de belleza pétrea y distante. Claro, yo sólo la conocía como mujer deseosa y esto me hizo dudar pero al fin me decidí y me acerqué. Eonora, que como sabéis resultó ser su nombre, casi pierde la compostura al verme pero controló rápidamente su expresión e hizo ademán de no conocerme. Me fui pensativo dándole vueltas a si era o no hasta que decidí que debía asegurarme, para ello pensé en probar con el disfraz por si le ayudaba a recordar, y así lo hice. La seguí hasta su casa y volví al día siguiente para conocer sus costumbres, pregunté por ella y cuando me pareció tener el lugar y la hora adecuada me puse mi disfraz de pato en celo y fui a su encuentro. Tengo que decir que pasearme con esta facha por el mercado en pleno día fue una experiencia de lo más pintoresca. Por suerte casi no se me reconocía y esto me dio el desparpajo para acercarme por su espalda cuando estaba comprando fruta. No fue la expresión de sorpresa primero y mirada vidriosa después, ni el gemido que empezaba a ser audible lo que me hizo comprenderlo todo, fue el darme cuenta que el plátano que sujetaba en su mano era sólo un colgajo de pieles ya que su interior había sido triturado por la tensión incontrolada de su mano. En pocos minutos estabamos en la posada más cercana, ella gozando a cuatro patas y un pato detrás colaborando gustosamente. Aprecié en mis partes y muy cansadamente que debía ser toda ella una inmensa insatisfacción acumulada ya que más de cinco fue sólo el inicio, pero estén tranquilos los seres con pluma que dejé bien alto el pabellón patoril.

Por suerte siguió teniendo el mismo sueño periódicamente cosa que me agradaba mucho aunque tanto disfraz a veces se me hacía un poco pesado. Debo confesar que desconozco qué historia digna del mejor diván vivía mientras dormía para tener esta reacción tan peculiar pero, aún hoy en día, intentar adivinarla se convierte en un juego apasionante y que aconsejo al lector que lo pruebe, a ser posible después de unos vasos de buen tempranillo viejo y con amistosa compañía.

Para suavizar su enfado por mi retraso le expliqué lo de la chica eterna y cómo me gustaría tener un encuentro con ella, a lo que, como siempre que le contaba algo con ilusión no mostró ni el más mínimo interés, incluso sabiendo que si una eterna me dejaba gozar de su cuerpo era un honor para ella como novia mía. Nunca me apoyaba en mis anhelos y esto me dolía. Si deseara estar con una no eterna sí que tendría razón al mostrar indiferencia, es más, hubiera entendido que se pusiera celosa y se enfadara, pero con una eterna no hay peligro, ya que por un lado, un encuentro con una de ellas es un hacer sin cariño y por lo tanto tan poco importante como el pasear que siendo placentero no deja de ser poco excepcional. Y por otro, ¿qué puedes buscar en una relación como estas?, si no te puede aportar lo fundamental en una pareja porque ha perdido la ilusión después de enterrar a los

tres o cuatro primeros esposos. Y lo más grave es que no les dejan tener hijos, que fue uno de los acuerdos que se adoptaron entre las eternas y las que no lo eran para compensar tal desventaja, por lo que son como seres sin alma y sin futuro al tener prohibido ser madres aunque sean eternamente jóvenes.

Al día siguiente fui al encuentro de mi amigo y con la eterna que vi pasar el día anterior ocupando mis dos mentes, la superior y la inferior, proseguí con el relato:

-Una vez llegaron a un acuerdo. Era menester construir un edificio para las donaciones con muchas salas para realizar los ordeños de una forma rápida ya que las meneadoras (que era el nombre que habían preferido las ex prostitutas) y los donantes necesitaban concentración y cierta intimidad para llegar a un buen y gemido desenlace. Se vio la necesidad de agilizar el proceso con un lugar para que las representaciones de las más creativas pusieran en ambiente al auditorio y facilitaran el camino a sus compañeras, ganando, de este modo, rapidez ya que eran muchos y doblados, mañana y tarde. También se necesitaba una gran cueva para tener en frío tan deseoso brebaje; por todo ello se pensó que el diseño más adecuado era el circular con departamentos en la periferia, una sala central con un amplio escenario y la bodega para el caldo debajo del edificio.

Así se hizo y se tardó un año solamente gracias a la colaboración de todo el país por ser tema de interés general y porque estaban hartos de improvisar salas de extracción. De hecho cuando empezó la organización de este proceso, hubo como un malestar general debido a que o bien los hombres se sentían como ganado, cosa que se tuvo de disfrazar con el ya comentado espectáculo previo y con una decoración elegante y de fiesta; o las mujeres no entendían que su marido fuera a gozar con una ramera de una forma legal, pero aceptaron ya que a cambio recibían la dosis sin esfuerzo.

Siempre hay a quien no le gusta mezclarse con el pueblo, como la rica Anastomia, que quería conocer las fuentes del brebaje y le parecía de poco estilo beber de un cualquiera así que inauguró una pequeña, particular, privada y elitista sala de donaciones para ella y que más tarde amplió a sus amigas y a la postre resultó ser un negocio muy lucrativo. Por todo ello el Departamento de Donaciones que se creó con el propósito de supervisar todo el proceso de organización y desarrollo de las extracciones y de su reparto, vio con mala cara la iniciativa de la rica Anastomia pero como éste era un país de libre mercado, no tuvieron más remedio que aceptar estos centros paralelos al edificio social de donaciones. Aunque y sin ánimo de crítica, creo que no fue solamente una razón ética la que les guió para permitirlo, también influyó que muchas de las mujeres que formaban parte de este departamento bebían de las mismas fuentes del club. Tengo noticias que se intentaron crear de nuevos pero, curiosamente, aquí sí que el gobierno impuso una ley por la cual era imprescindible tener la autorización para poder funcionar. Se argumentó temor al descontrol y a la dispersión del potencial masculino, razones que parecen de peso si no fuera por la relación existente entre quienes las concedían y a quienes les era concedida. O sea ¡siempre llueve sobre orinado! (o algo parecido).

También se creó el Departamento del Censo, con el encargo de tener una relación exhaustiva de las mujeres que tenían que recibir la dosis y del volumen que puede emitir cada hombre con el fin de llevar un control para que ningún donante faltara por no aparecer o por dar poca producción debido a ejercer actividades ilícitas del tipo uni o polimanual en la semana previa a la donación. Debemos hacer mención a un escribano de este departamento que dio cuenta de que vivían casi el justo número de hombres para las mujeres existentes y sus necesidades. Además predijo que si se tenían hijos podía incrementar la población femenina y como ésta no era perecedera, dentro de pocos años faltarían hombres para tanta mujer necesitada de sus jugos. Esto generó un revuelo en el círculo de gobierno de la reina y sus colaboradores, creando comisiones y subcomisiones para estudiar el problema. Después de muchas reuniones se decidió que si cada hombre da

para dos dosis y una mujer necesita tres, pues que por cada hembra haya un macho y medio, por lo tanto debían haber tres hombres hábiles por cada dos mujeres.
-¿Y los que se pusieran enfermos? -dijo alguien, por lo que reconsideraron la decisión y aumentaron a medio hombre más como margen de seguridad, quedando la relación de cuatro por cada dos, o sea dos hombres por hembra.
Estaba pendiente el tema de los nacimientos y es de alabar que nadie mencionara la posibilidad de eliminar a las hembras recién nacidas, dando con ello una lección de humanidad a varias culturas orientales y algunas occidentales, que al sacrificar a las manos menos productivas, antepusieron el instinto de supervivencia en circunstancias hostiles al de perpetuación de la especie. Claro está, en el caso que nos atañe sólo peligraba la eternidad y no la vida, aunque para muchos no existía diferencia.
Un hombre propuso a las que deseasen ser eternas que, a cambio, no tuvieran hijos y si los deseaban que no bebieran brebaje. Era el precio a pagar a cambio de la eternidad.
-¡Qué lo descerebren! -gritaron todas incluida la reina.
-Pues como no exista otro elixir para seleccionar macho o hembra en el momento de la concepción, no hay solución posible -remarcó excusándose asustado el mismo de antes.
Recurrieron al libro de la reina sin obtener alternativas y esto hizo que se respirara un estado de crispación tal que nadie pronunció palabra por miedo de ser el causante de un huracán femenino de resultados devastadores. Es fácil imaginar el terrible dilema que se imponía a estas mujeres, escoger entre la juventud eterna o la maternidad. No creo que exista otro de peor para una hembra capaz y deseosa.
Estaban en ello cuando el mismo escribano repasó sus cuentas y dijo:
-Todas las mujeres, sumando las que toman el brebaje y que tienen solo un hijo o ninguno, son un número suficientemente pequeño para que puedan quedar preñadas una o dos veces más hasta tener dos en total y de esta manera llegar al número máximo de bebedoras de elixir que pueden existir.
Este consejero, como podéis imaginar, hizo una carrera meteórica ya que esto reconcilió las partes enfrentadas y resolvió el problema para las hembras vivas en ese momento.
-Las que vengan después, como serán pocas, que se mueran -pensaron gentilmente casi todas.
Así se acordó y desde entonces no puede haber más mujeres eternas que el doble de hombres, éstas no pueden concebir hijos y se amplía su número dependiendo de las bajas, que hay pocas, o del aumento del número de hombres hábiles. Sólo las no eternas que tiene prohibido el brebaje, pueden sentirse madres y envejecer con su familia.
-¿Hasta cuando un hombre es capaz? -preguntó un sesentaañero receloso. Y añadió:
-Si resulta que no sirvo porque ya no doy con lo requerido, y se me prohibe entrar en la casa de la donación, ¿cómo podré atender a mis necesidades? ¡Con lo bien acostumbradas que estarán mis partes!
Tema complicado ya que para empezar carrera en este tipo de devociones cualquier momento es el mejor, pero para terminar, todos son los peores. Si, como se decía, se tomarían las medidas de la producción de cada uno, era relativamente fácil establecer un límite en el porcentaje de descenso de la producción o una edad máxima para una respetable jubilación. Y esto, aunque con algunos matices volumétricos, se acordó rápidamente.
En cuanto a lo referente al mantenimiento posterior fue un punto que creó verdadera preocupación en el sector masculino y que después de tensas conversaciones y un pequeño aumento del salario estatal de las futuras meneadoras, se decidió que como recompensa por los años de ardua dedicación a la causa, y en caso de retiro obligatorio, dispondrían de acceso libre a la casa de las donaciones. Es de razón compensar al jubilado los años de esfuerzo en pro de la sociedad.

Como podéis imaginar fue una de las decisiones más aplaudidas, aunque sólo fuera por el bando productor y no tanto por el consumidor.

Capítulo 7. "Airón, el primer acto"

-Ahí está -grité, a lo que mi amigo suspiró resignado. Me armé de valor y salí corriendo detrás de ella. Al llegar a su lado, para sorpresa mía y sin darme tiempo a que yo liberase la frase ingeniosamente cortés que llevaba tan bien ensayada, me dijo:
-Esperando tu encuentro no llevo complemento debajo de la túnica y noto una humedad deslizándose por mi entrepierna. Si deseas conocer su gusto y olor puede que mañana te la dé a probar -y entró en una casa de la plaza dejándome rotundamente fuera de sí. Volví a sentarme al lado de Noel para disimular la incontrolable y visible reacción de la parte autónoma de mi cuerpo e intenté poner toda mi voluntad en entender lo que decía mi amigo sobre la expresión de mi cara, sin conseguir ningún progreso al respecto. Evidentemente mis neuronas habían adoptado una forma erecta poco compatible con su función natural de raciocinio.
Airón, que por este nombre se la conocía, era una eterna de 150 años, sin hijos por ser posterior a las del inicio, con sólo dos maridos en su historia y una fama de tener el carácter fuerte e independiente. Lo que acababa de decirme me golpeaba constantemente en la cabeza cual picaporte exaltado, pero como era el día anterior al de la donación y, por lo tanto, estaba en la semana de la abstinencia, no tuve más remedio que sumergirme varias veces en agua fría sino corría el grave peligro de no dar la cantidad que tengo inscrita como natural mía y ser castigado. Era una tortura no poder darme un respiro teniendo toda esa juguetona humedad invadiendo mi mente. Lo probé todo, hasta fui a dar un paseo a las cuatro de la madrugada y sin darme cuenta terminé donde es fácil de imaginar, en el portal de la casa en la que entró. Pasé la noche como pude y al final llegó el día, corrí a la plaza y esperé.
Eran casi las once de la mañana, cuando ya desesperado y a punto para ir a la primera donación, llegó ella. La vi venir desde la calle opuesta a donde yo la esperaba. Mi cuerpo empezó a temblar y tuve que resistir el nerviosismo que se desbordó cuando dirigiéndose directamente a mí con paso seguro no apartó ni un solo momento la mirada de mis ojos. En los últimos metros y sin dejar de andar, deslizó con un movimiento casi imperceptible para los presentes pero muy claro para mí, la mano por una abertura de su túnica y desplazando la cadera recogió lo que me había prometido. Se detuvo frente a mi cara y en silencio paseó su dedo visiblemente mojado por entre mis labios, subiéndolo seguidamente hacia mi nariz y lo mantuvo allí el tiempo justo para que se me colapsara completamente el entendimiento con su indecorosa emanación. Sin apartar la mirada, se lo introdujo muy poco inocentemente en su boca para sacarlo lentamente despidiéndolo con labios endiabladamente carnosos. Acercó sus ojos a los míos y besándome suavemente en la mejilla, me dijo:
-Mañana a la misma hora te espero en este lugar.
¡Y se fue! ¡Por todos los dioses ateos juro que se fue! ¡Esa mujer cumplía sus promesas de una forma aterradora!, ¡increíble! No podía ni moverme, estaba aprisionado de sus palabras, gestos, sabor, fragancia y especialmente de aquella mirada
-¡Y si todo esto lo había conseguido en medio minuto qué es capaz de hacer con más tiempo!- logré razonar medio asustado y bastante esperanzado.
Sólo logró salvarme del pasmo con claros matices de demencia histérica que padecía en esos momentos, la llamada a la donación que me hizo correr hacia el gran edificio circular. Es innecesario decir que no pasé ni por la sala del espectáculo, entré directamente en el primer habitáculo que vi sin ni siquiera fijarme si era de alguna de mis preferidas y sorprendiendo a la meneadora que la cogí sin el material preparado, di mucho más de lo usual en mí y con una impetuosidad del tipo "salpicadora".

Sólo unos breves instantes después de la extracción pude sentirme relajado, aunque me asaltaron inmediatamente los recuerdos que me devolvieron al estado anguloso anterior y que obraron el milagro en la donación de la tarde para que, al igual que por la mañana, con sólo insinuarlo vacié mis excedentes con todas las ganas. Creo que las dos extracciones dieron para cinco dosis, estoy casi seguro.

Fui al encuentro de Noel y curiosamente no le expliqué lo de la eterna Airón porque, estúpido de mí, lo consideré íntimamente trascendental, en cambio proseguí con la historia:

-En el departamento encargado de la seguridad y el orden, que tenía la misión extra de vigilar el cumplimiento de las normas referentes a las donaciones, apareció el problema de que los castigos capitales como el encarcelamiento y la pena de muerte, causaban efecto solamente para las mujeres pero eran impensables para los hombres. La necesidad de savia masculina del sistema hacía poco productivo matar a un miembro de este sexo, y si lo encerraban podía negarse a su ordeño, por lo tanto era necesario buscar alguna medida de presión que no dañara y, a poder ser, estimulara su capacidad tanto física como psicológica de expulsión de elixir. Éste era un grave inconveniente al que urgía buscar solución inmediata y más cuando los bendecidos por las circunstancias empezaron a demostrar poco respeto al saberse libres de castigo. Después de muchas comisiones y contracomisiones se ideó lo que ahora conocemos como la vida sin vida.

-Ésta, como tú bien sabes y que quiero recordarte para que no lo tomes a la ligera -le dije a mi amigo al que cogieron con una mujer en plena semana de abstinencia y este desliz le costó seis días de castigo que nunca ha olvidado-, es el efecto que provoca la bebida del balanceo. Cuando un hombre es sentenciado a permanecer un periodo determinado en la torre, le obligan a beber este brebaje que produce un estado de permanente desasosiego con náuseas y mareo. Es parecido a cuando te dejan solo a la deriva en un mar enfurecido, llegas a desear la muerte antes que el insufrible e interminable movimiento.

Este estado de casi no vida en el que no se puede ni estar de pie ni sentado, ni con los ojos abiertos ni cerrados y que cualquier movimiento te hunde más en la náusea, sólo lo elimina temporalmente otra sustancia que te la dan para que puedas dormir, comer y colaborar con su producto a la sociedad cada catorce días. Si no cumples con esta obligación, te mantienen en vida pero los momentos de reposo son escasos convirtiéndose en insoportable. Si por algún motivo tu larga estancia en la torre te acostumbra a tal condición, dejan de suministrarte la sustancia durante un tiempo para deshabituarte y vuelven más tarde. No hay escapatoria a la no vida.

Una vez has cumplido tu pena te libran del castigo con el antídoto, que si bien es definitivo, siempre aparecen nuevos episodios de náuseas que te recuerdan que no debes transgredir la ley ¡Cuestión de detalle! le llaman.

-¿Y tu eterna? -intentó cambiar de tema mi amigo Noel a quien le asaltaban los recuerdos de sus seis días de castigo. Le respondí con un escueto “bien” y continué con el relato como venganza a lo que me hizo cuando me equivoqué de día de donación.

-Con el tiempo vieron lo bien que funcionaba esta medida disuasiva, entonces pensaron en ampliarlo a las mujeres no eternas y posteriormente a las eternas, logrando que el país temiera más a la vida sin vida que a romper el orden.

A las no eternas, meneadoras incluidas, para averiguar si habían caído en la tentación de saciar tan peculiarmente la sed, se acordó hacer una prueba anual a todas ellas que constaba en encerrarlas en una sala aislada cinco días, dos días antes, el de la toma y dos después. Estaba claro que si una había ingerido el brebaje no podría resistir el aislamiento y moriría o su cuerpo sufriría cambios espectaculares y visiblemente poco estimulantes.

También surgió el tema de qué debía hacerse con las nuevas eternas que no cumplieran con el prefecto de no tener hijos. Después de muchas costosas discusiones y pactos, ya que impedir a una mujer la maternidad no es de fácil imposición, se decidió que si era debido a

un descuido y reconocía su culpa, sólo se aplicaría una pena menor y con el dolor del aborto ya se la consideraría castigada. Pero si escondía el embarazo con el firme propósito de tenerlo o ya lo había parido cuando fuera descubierto, se la castigaba a la pena mayor que era la muerte por envejecimiento mediante el aislamiento reiterado.

-¡Ya basta! -dijo mi amigo con enfado-, seis días son más que suficientes para que al oír la palabra castigo empiece a sentir mareo. Por favor, prometo portarme como, como..., como un pato si no la pronuncias más.

Me quedé dudando si sabía algo acerca de mi disfraz y de su utilidad, pero no lo creí, era un secreto muy bien guardado, aunque, pensándolo mejor, su ofrecimiento puede que pudiera servirme algún día. Además sólo por verle la expresión de la cara al pedirle el cumplimiento de su promesa en presencia de mi novia y su desconcierto a la reacción pasional que de ella surgiría, estuve tentado en hacerle cumplir sus palabras.

Las dos descargas de la donación más un extra de cosecha propia me dieron tranquilidad para dormir plácidamente toda la noche hasta que el sol despuntó por el horizonte e hizo volver los recuerdos de la fragancia de la eterna Airón y de sus labios despidiendo su índice repleto de sugerencias. Temí no estar a la altura y decidí abstenerme de hacer uso de la semana de libertad, que justo empezaba, y dispensar los honores a estas imágenes. Una cosa estaba clara, esa mujer podía hacerme recobrar el deseo con sólo pensar en cualquiera de sus movimientos.

A las once y tres minutos llegué dando entender que no tenía prisa y que si estaba allí era porque no tenía otra cosa que hacer, aunque desde las diez permanecía ineludiblemente escondido en un rincón esperando. Di un vistazo por la plaza y claro está, ella no estaba. Se hizo rogar más de media hora en la que me convencí varias veces que la dejaría plantada si se retardaba un minuto más, pero como podéis suponer, no moví ni un músculo del pie. Se podía decir que sólo necesitó un simple dedo deliciosamente sucio para clavarme profundamente en el suelo.

¡UAAU!, grité cuando una mano me tocó por la espalda. Me giré y allí estaba, como siempre a un palmo de mi cara y con una sonrisa jovial muy diferente a la de mujer sensual y provocativa del día anterior.

-Tu nombre es Koal, ¿verdad? -me dijo-, he preparado esta fruta para comerla al lado del río y conozco un camino a la sombra de una arboleda que nos llevará por entre dulces paisajes hasta él ¿Deseas pasear?

Sólo pude balbucear algo parecido a un sí. Empezamos a andar y fue ella quien estuvo hablando y riendo todo el trayecto. Era una bendición del cielo sentirse acompañado por una mujer tan alegre y dulce. Todo estaba hecho para nuestro bienestar, hasta los mosquitos picaban con suma delicadeza. El paisaje acompañaba a la armonía con ocres ensoñadores, azules apaciguadores y verdes vitalizantes (en realidad mucho mosquito, poco verde, demasiado ocre y un azul que dañaba la vista, pero ya sabéis lo que pasa en estas circunstancias). Sin darme cuenta llegamos a la orilla del río y lo que presencié ha sido una de las pocas imágenes que nunca se ha borrado de mi enamoradizo corazón y que aún puedo revivir con todo detalle. Sentir los olores, notar la plácida caricia del sol, oír el murmullo de las aguas y ver la blusa de Airón que translucía las pequeñas, redondas y dulces aureolas de sus dos sutilmente abultados pectorales, creó una mágica y absolutamente estúpida atmósfera de ensueño. La curva invertida de su espalda daba lugar a dos masas dignas de provocar el más espectacular de los infartos, la sensible y sensual fragilidad de sus hombros, el airoso movimiento de sus caderas y aquellos pecadores dos dioses que pude entrever varias veces mientras se inclinaba preparando nuestra estancia en este idílico lugar, hicieron que tuviera de recomponer urgentemente las facciones de mi cara para evitar caer más en la imagen de bobo irremediablemente irrecuperable.

Comimos entre sus risas y las pocas frases que logré pronunciar hasta que el calor del mediodía y la apacible sombra de un impresionante árbol nos obligaron a dejarnos llevar por la pereza y el sueño. Me desperté de lado y con su espalda pegada a mi pecho. En mi mano podía sentir el rítmico golpeteo de su respiración. Había apoyado su rostro en ella y sus labios humedecían mi piel. Me quedé quieto reteniendo estos momentos hasta que no pude más y la besé en la nuca. Un suspiro de agrado salió de su boca y con un lento movimiento se volvió para regalarme con todo un alarde de diseño genético. Sus brazos abiertos, sus labios deseosos y aquellos dos portentos paralelos esperando mis caricias. Acerqué mi boca cuando un dedo suyo interrumpió mi movimiento y como manda el manual femenino de use y disfrute, con aterciopeladas palabras me dijo:

-Aunque me considero mujer que desea y profundamente apasionada, siempre he necesitado amar para tener las pocas relaciones que he mantenido en mi vida. Sólo dos maridos y con ambos he sentido desgarrarse mi ser al asistir a su final, no deseo un beso sin conocer quien me lo da. Este juego tiene un coste terrible para mí.

Se levantó y con una típica mirada de súplica me pidió que volviéramos a la ciudad. Andamos un buen rato en silencio hasta que me confesó que su gran sueño era un imposible y que muchas veces había pensado en los tiempos en que los hombres trabajaban y las mujeres tenían hijos.

Yo, sinceramente, me asusté ya que no era usual este comentario en una eterna. De hecho hacía tiempo que me preguntaba por qué los hombres sólo podían acceder a cultivar el cuerpo y la mente con deportes, juegos, tertulias y dedicación a las artes. No creía, en esos momentos de mi vida, que fuéramos menos inteligentes y tampoco estaba convencido del argumento de que la forma de ver la vida con la muerte en nuestro horizonte nos hiciera incapaces de tomar decisiones perdurables y que sólo pensásemos en nuestro presente y beneficio. La historia me decía que antes sí que podíamos y esto me daba un antecedente para creer en ello. Por otra parte, no tener prisa por acabar una cosa hace que no la termines nunca y esto es lo que creo que ocurría con nuestras dirigentes, que por ser eternas, podían retrasar una decisión hasta después de tu muerte y aunque ganasen en sabiduría perdían en eficacia.

Pensé que Airón era una mujer moderna y de alma sensible que apostaba por las posibilidades de los hombres como ya había oído en boca de otras damas. Esto me hizo admirarla más y ansioso por demostrarle mi interés por el mundo laboral, le pregunté por su trabajo a lo que me respondió que era la encargada de la casa de la donación. Casi no lo podía creer, esta mujer tenía autoridad sobre la piedra angular del reino y esto demostraba que, además de bonita, sensual, sensible y apasionada como me había demostrado, era inteligente, dura y con poder. Una mezcla difícil de despreciar por mis dos partes, la superior y la inferior.

Cuando casi llegábamos a un portal que me indicó ser su casa me dijo:

-Quiero pedirte una cosa, que tal como yo te di a probar mi sabor y a oler mi íntima fragancia, me des a probar y oler la tuya y de esta manera sabré, como saben los animales, si eres el hombre que estoy buscando.

Una vez dicho esto me hizo entrar en el portal y en un rincón oscuro desde donde podía ver a los que pasaban por la calle, deslizo sus intenciones bajando pecho abajo hasta que unas manos sensuales empezaron a acariciar mi exaltado apéndice y su nariz a presionarlo por entre la ropa. Viendo a la gente pasar y teniendo tal mujer tan estimulantemente agachada, no creí poder mejorarlo nunca en la vida. Pues se mejoró de inmediato porque noté como una mano caliente se deslizaba por entre mis calzones y algo húmedo y diestro la besaba y adoraba por toda su longitud, que no es mucha pero, debo aclarar, tampoco poca.

Un momento de pausa entre tantas novedades me hizo bajar la mirada y encontré unos ojos deseosos que me observaban retadores. Breves instantes que alargó expresamente, en los

que sentí las caricias que prodigaban sus manos y la sexualidad que irradiaba su mirada, dieron paso y sin ningún rubor, a que inclinara su cabeza y todo lo mío desapareció magistralmente del campo de visión. Sus movimientos que siguieron fueron de una compresión y dedicación tal que poco costó notarme que iba a cruzar la línea que separa a la compostura de la extroversión desmedida. Cuando presentía que todas mis pertenencias estaban a punto de desborde, la bella Airón se levantó y me dijo.

-Tu sabor y olor son como flores y miel, espero beberlo por todas mis entradas y para el resto de mis días. Procura no despreciarlo tontamente.

¡Y se fue! ¡Como siempre se fue! ¡Con mi bandera ondeando histérica al viento y se fue! ¡En un portal oscuro con la gente pasando en frente mío y con el goce a punto de salirme por las orejas y se fue! ¡Hay que joderse!

-Pues yo no pienso pasar ni una noche más sin dispensar los honores a tal experiencia por mucho que diga que no lo desprecie tontamente –pensé indignado.

Disimulé como pude mi estado y fui directamente a casa. Al entrar encontré a la casera que me contó que Eonora había estado todo el día preguntando por mí. Corrí a su casa temiendo su enfado y cual fue mi sorpresa cuando sólo entrar la vi sentada en el sofá con el disfraz de pato a su lado y con una sonrisa descompuesta y ruborizada en su rostro. Era innecesario pensar cualquier otra cosa que la que estás imaginando, y así fue, y así pude resarcirme de lo de la eterna Airón.

Estuvo bien pero realmente vestido de pato no es lo mismo que estar en ese portal tan especialmente apuntalado.

Capítulo 8. "Airón, el segundo acto"

Al día siguiente pasé varias horas vigilando el bendito portal hasta que llegado el mediodía me fui a comer al comedero social en el que daban alimento a los que no tenían mujer y estaban desatendidos, como era mi caso. Por la tarde asistí a la tertulia del centro de jóvenes en el que se me evidenció mi rotunda incapacidad para concentrarme, así que decidí ir al puesto de observación en la plaza en el que me encontré a Noel.
-Tengo una pregunta: ¿Cómo es posible que si se acordó que los hombres trabajarían sólo siete días cada quince a cambio de donar su producto, ahora no colaboremos nunca con las mujeres en el hacer del país y estemos todos los días cultivando la mente, el cuerpo y el espíritu? -me preguntó para sorpresa mía ya que le consideraba poco apto para tales reflexiones.
-Pues es muy sencillo. Supongamos que tú tienes una cuerda y un cubo para subir agua de un pozo. Y una mujer está muy sedienta pero no puede subirla con nada más y no tiene otro líquido para apaciguar su sed. Por lo tanto necesita de lo tuyo y tú te das cuenta y procuras aprovechar la situación pidiendo a cambio comida para algunos días. Llegáis a un acuerdo pero pasa el tiempo y a ti se te ocurre que necesitas más y se la pides. Ella puede protestar pero como precisa el agua para vivir, debe aceptar. Además sabe que sino, habrá otra que sí te la dé, quedándose el líquido para ella. Poco a poco queda claro que los tratos que haces para darles de beber terminan siempre en que te den de comer todos los días y, por lo tanto, llega el momento en que el pacto ya incluye que te alimenten siempre. Esta es la historia y así ha sido.
-No es mal trato tal como lo cuentas, aunque no fue así, o por lo menos, creo, no es de esta manera como me lo han explicado. Tienes que tener en cuenta que nosotros no trabajamos pero guiamos la evolución del ser con nuestra imaginación, inteligencia, arte y aptitud, ya que por algo no somos eternos. Y esto es casi más importante que trabajar -dijo disciplinadamente Noel.
A lo que no supe qué contestar o no quise replicar ya que había oído que algunos pensaban que yo era un poco raro, si además iba predicando versiones diferentes a las de la historia oficial podía ganarme algún mareo como reprimenda.
-Era una broma atontado Noel, casi te engaño. Y eso que parecías fácil de convencer. Como tú muy bien recuerdas fue el valor de la labor intelectual de los hombres lo que hizo que las mujeres no tuvieran más remedio que aceptar en trabajar para nosotros.-, repliqué con desgana.

****

Pasó la tarde, la noche, la mañana siguiente, la tarde siguiente y por la noche cuando no podía resistir más no verla fui al portal de su casa y llamé. No contestó nadie y aunque insistí no hubo resultado. Con una creciente desesperanza volví a casa y me senté abatido en el suelo de madera a oscuras, a la espera de una larga y atormentada noche de aquellas típicas que por desgracia muchos de nosotros conocemos.
-Te esperaba más pronto -dijo una voz a mi espalda que casi me rompe el esternón. Me volví asustado y allí estaba como si fuera lo más normal el entrar en una casa sin tener la puerta abierta. Sobra decir que no le reproché nada ya que la alegría de verla impedía cualquier intento de razonamiento.
Salió de la oscuridad entrando en la penumbra y acercándose lentamente pude ver que llevaba una túnica de tela blanca solamente unida a la altura de sus pechos, abriéndose a

nivel de las caderas. Fue andando lentamente hacia mí y ¡Dios bendito!, iba desnuda, apareciendo por entre la tela una sensual y aterciopelada masa de enrollados complementos que, al llegar a la altura de mi cara, me provocaron un deseo imparable de sumergirme entre ellos y bañarme en toda aquella deseada humedad tan sabiamente promocionada. Inspiré y como arrastrado por una red invisible de irresistible fragancia me lacé en búsqueda de sensaciones sorbiendo, saboreando y acariciando todo lo que pude encontrar a mi paso y ¿cómo no?, obligado por la propia dinámica del acto y a intervalos más o menos regulares, expulsar disimuladamente al suelo algún que otro de los complementos antes citados.

La oí gemir y levanté la cara para ver su rostro a lo que presa de una necesidad vital me cogió la cabeza y me obligó a seguir. La verdad es que nunca había imaginado que una mujer pudiera explotar con tal dimensión. Parecía llevada por un torrente de aguas enfurecidas que terminaran chocando contra una montaña, aunque en este caso, fue mi cara y no una elevación de terreno la que sufrió las consecuencias hídricas de su impetuosa manifestación. Se quedó casi desvanecida hasta que, recuperando el control, me besó suavemente al principio, más apasionada después y terminó con gran intensidad para ponerse de espaldas y en cuclillas sobre mí. Sacándome lo que sin lugar a dudas abultaba más de mi anatomía, se lo introdujo, sin preámbulos y con necesidad, en el entrante por el cual no hay peligro de engendrar. Fue como si un potente artefacto succionara mi entrepierna. Con cada movimiento de sus nalgas yo notaba que mi cuerpo se deshacía rodillas abajo hasta que una fuerza enloquecida se desbordó ampliamente y le calenté su interior con cinco espasmos triunfales.

Se separó y quedándose enfrente de mí esperó en silencio a que me recuperase. No recuerdo si estuvo mucho o poco, sólo sé que empezó a acariciar sus muslos e introdujo muy lentamente la mano en ese personal mundo sobrevalorado por el sexo masculino para, con movimientos rítmicos, empezar a demostrar en solitario y sólo para mi deleite sus conocimientos en manualidades. Cerró los ojos y subió y subió como cuando una ave se eleva en los cielos dando círculos ascendentes, hasta que, después de un acallado pero ostentoso gemido, se dejó caer en un desvanecido y progresivo abandono.

Era, sin duda, el momento de invitar a su cuerpo relajado y desnudo a estirarse de espaldas al techo en las tibias maderas del suelo, levantarle sutilmente sus caderas utilizando la túnica como acomodo y después de permitirme la complacencia de tan estimulante visión y con persistentes pero tiernos empujes del recobrado ánimo, introducir mi impetuoso amigo por el mismo camino no fértil de antes y con suavidad pero sin descanso imponerle un nuevo ritmo de ascensión a los cielos, el mío. Y así se hizo y así me felicite después por este punto final tan creativo y apropiado.

Al día siguiente con el corazón radiante por la joven Airón, pasé todo el día entre juegos, tertulias y en mi actividad preferida, la lectura. No era fácil obtener libros extranjeros en el país de la reina mora, pero debido a mi parentesco con la soberana hace tiempo logré el beneplácito para acceder de escondidas a la biblioteca real. En ella existen textos de casi todas las edades de la historia del hombre y, gracias a ello, después de dedicar mucho tiempo a leer sus páginas, me asaltó, y aún persiste, una duda sobre la eternidad.

Creo que uno de los valores que mueven a la humanidad, una vez se han superado las necesidades básicas de salud (alimentación y bienestar físico), protección (techo y seguridad) y aceptación social, es la urgencia de sentirnos diferentes a la masa de coetáneos, triunfar sobre la mediocridad, encontrarse únicos y especiales. Y esto lo perseguimos queriendo ser famosos escritores, comprando casas grandes, buscando a la mujer más bella, al hombre más rico, al deseado o a la deseada por otros, etc. Perseguimos poder, dinero, fama, sabiduría, genialidad, espiritualidad. Luchamos para ser los mejores, los más fuertes, los triunfadores. Buscamos sentirnos singulares a los ojos de un dios, a

creernos especiales porque alguien nos necesita para amarnos e, incluso, para odiarnos. O por el contrario, lo intentamos caminando por el otro margen del mismo camino y nos convertimos en asociables, en asesinos, en déspotas, en desanimados, en resignados, en apáticos, en depresivos no clínicos, en ermitaños.
Lo peor es que estamos destinados a perseguir la individualidad eternamente ya que cuando logramos uno de estos espejismos de exclusividad, sólo tenemos conciencia de poseerlo si somos envidiados, sino no nos sirve. Y por otra parte, siempre hay alguien que tiene más, o triunfa más, o vive mejor, o tiene la casa más grande, o pasa más de todo, o se considera más igual que los otros, o asesina mejor, o es más creyente, etc.; entonces nos damos cuenta de que no hemos logrado nuestro objetivo. Este alguien que te ha superado te recuerda que formas parte del gran rebaño.
La pregunta clave es por qué tememos al gran rebaño si somos seres, por naturaleza, gregarios. Creo que es la muerte la que nos da prisa por vivir y por sentir algo distinto que nos haga pensar que ha merecido la pena haber estado respirando. Es llenar el vacío que deja la ausencia del inexistente sentido racional de la vida con un objetivo y así disfrazar el temor a la muerte. Y este objetivo, paradójicamente no gregario, es común para todos aunque cada uno lo persiga por distintos caminos.
Las dudas que aún tengo después de todo este curioso, aunque espero no excesivamente aburrido razonamiento y que Airón me respondió a medias, es ¿qué pasa si no existe la muerte como es en el caso de las eternas?, ¿tienen esta necesidad de sentirse diferentes a sus iguales al no ver un final en su horizonte?, ¿luchan eternamente entre ellas para ser las más bellas, las más poderosas, las más deseadas, las menos sociales, las menos creyentes, etc.?, o por el contrario, ya lo han sido todo en alguna época pasada y es una necesidad que ha perdido importancia ¿Es la juventud, que tantos sacrificios les ha costado, un apoyo que perdura o sólo se aprecia cuando no se tiene y se desprecia cuando se convierte en un estado permanente?, ¿qué hacen de su vida?, ¿necesitan un motivo para vivir o pueden vivir sin él? ¿Si pudieran tener hijos, sería ésta una razón suficientemente fuerte y duradera para nutrir su vida eternamente o también podría llegar a perder su interés? ¿Se puede vivir inmortalmente de retos personales o irremediablemente se llega a la desidia? ¿Si no pudieran terminar con su vida, llegarían a la locura o a la sabiduría?
De hecho, unas más pronto, otras más tarde, todas prefieren terminar provocándose una muerte por envejecimiento acelerado. Es curioso que una parte de este reino vivía por no querer morir y la otra parte no vivía por no poder morir.
Lo peculiar del caso es que cuando deciden acabar, escojan esta forma poco original de morir de entre todas las que tiene el detalle de regalarnos la dulce naturaleza. Pensar que esta decisión da fin a su vida de una manera poco agradable debido a que sienten en sus carnes todo el proceso de decadencia en pocos instantes. Además con este método no tienen que hacer ninguna acción decisiva y sufrir la tortura de pasar por el instante de darse el impulso o clavarse el puñal. Es fácil, con sólo sentarse a esperar consiguen su propósito, aunque, y esto no se lo evita nadie si no es con un buen sustitutivo de la consciencia, siempre terminan sintiendo un desesperado terror por los acontecimientos irremediables de los momentos finales.

****

Estuve toda la tarde leyendo en la biblioteca de palacio hasta que, a la vuelta del desbeber, me encontré con un anónimo encima de mi libro que decía:

-No dejes que Airón te posea, tu futuro puede estar en ello.

Me quedé un buen rato pensando sobre el significado de la frase y el por qué una relación con Airón pudiera marcar mi futuro de una forma tan trágica como insinuaba el papel. Cada día nacen y mueren uniones con eternas, es uno de los entretenimientos más o menos

frecuentes de las que nunca envejecen para aliviar sus calenturas. Desde siempre han gozado de esta prerrogativa y además está bien visto por la sociedad. De hecho, es un honor para la mujer o novia del hombre que haya sido escogido por una de ellas. Cuanto más edad tenga la seductora, mucho más honor, ya que esto es señal que el marido o el novio vale tanto como para hacer que una eterna salga de su estado crónico de indiferencia para ilusionarse con él.

Además la nota decía que no dejara que Airón me poseyera, y esto ya lo había hecho y no creí que hubiera ninguna diferencia entre el antes y el después del hecho en sí. En lo referente a las enfermedades no existía problema alguno ya que la cualidad de eternas aseguraba la "salubridad" en sus confraternizaciones. Aunque confieso que me preocupó más el detalle de que fuera de palacio quien hubo dejado el papel, ya que los que no lo eran, excepto raros casos como el mío, no podían entrar fácilmente. Si fuera del exterior me hubiese preocupado mucho menos y creería que había sido algún antiguo amante suyo resentido o alguien celoso de mí como podría ser Eonora. Pero dentro de palacio sólo podía haber sido otra eterna y la única versión que llegué a imaginar fue que una enemiga suya quería hacerle daño impidiendo nuestra relación.

Sin darle más importancia me la guardé y salí de palacio para dirigirme a casa. En el trayecto la vi a lo lejos y animado fui a su encuentro. Cuando estaba a punto de llamarla, se adelantaron un hombre y una mujer que acercándose a ella la cogieron por los brazos y con bruscos movimientos la llevaron a la fuerza calle arriba. Mientras yo intentaba llegar a ellos, veía como era arrastrada a la fuerza y esto me daba más coraje para correr en su persecución. Pero por desgracia la calle estaba llena de gente y tropecé con una señora irremediablemente gorda que a gritos histéricos me hizo perderlos de vista. Después de desprenderme de tal fenómeno de circo, estuve dando vueltas nervioso pero no los encontré. Busqué por todas las callejuelas, pero nada, hasta que decidí ir a su casa. Llamé a la puerta y como la última vez que estuve allí, nada ocurrió, todo estaba en silencio. Me senté en la calle a cierta distancia del portal para esperar, pero nadie entró en la casa en todo el resto de la tarde.

Angustiado y asustado a causa del anónimo y la escenita presenciada que vestía de un aire misterioso y peligroso a Airón y a su entorno, me fui a casa en espera de nuevas. Por el camino me alcanzó mi amigo Noel para decirme que había conseguido el traslado durante unos días a la ciudad de Ginemar como premio por haber ganado un campeonato de lanzamiento de jabalina, curioso deporte étnico muy apreciado en nuestro país. Esto quería decir que gozaría de una estancia en una zona costera de descanso, con el sol y el mar relajando su cuerpo y con el aliciente de que la sucursal de la casa de la donación de Ginemar era muy apreciada por sus excelentes meneadoras que, según decían, no sólo te ordeñaban sino que gozaban con ello. Me alegré por él y me dolí por mí ya que presentía que empezaban tiempos duros.

Capítulo 9. "Airón, el tercer acto"

Pensaba que la encontraría en casa pero únicamente el silencio respondió a mis pasos, ni Eonora daba señales de vida. Aproveché para limpiar la ropa y preferí hacerme algo de cena y no ir al comedor social. No me apetecía aguantar las bromas y los comentarios sobre mujeres que allí se desplegaban con toda su malevolencia. En condiciones normales era divertido escuchar y ver al burlón Joel representar cuales son los cuatro estados de una mujer:
-Al principio, asmática. ah, !ahh!, !ahh!, !ahh!. Luego, religiosa: -!ay Dios!, !ay Dios!. Después, matemática: !más!, !más!, ... !más!. Y por último, asesina: !Si terminas ahora, te mato!.
O asegurar jocosamente:
-Todas las mujeres son iguales, incluso las eternas, y si encuentras una que te parece diferente, no es que lo sea es que te has enamorado.
Pero hoy me sentía desanimado y preferí cenar admirando las estrellas. Me fui a la cama pronto y, aunque estuve pensando en el anónimo, conseguí dormir rápidamente.
Al día siguiente me encaminé a la casa de la donación para preguntar por ella y me respondieron que estaba indispuesta y que no vendría a trabajar. -¡Algo va mal! -pensé y fui a su domicilio, y como siempre, ningún resultado, todo era silencio detrás de aquella estúpida puerta.
-¿Y ahora qué hago? -me pregunté ansioso-. De hecho, no ha sucedido nada que me dé a entender que le ha ocurrido algo peligroso. Una disputa puede tenerla cualquiera y más si es la encargada de la casa de la donación. Puede que se haya quedado afectada por el altercado y por esto no ha ido a trabajar. Y en lo referente a la nota, es una buena señal, esto quiere decir que hay quien me envidia por estar con ella.
-Todo va bien -me tranquilicé.
Intenté pasar el resto de la mañana distrayéndome con la guerra de cometas que era una de mis aficiones preferidas. Aquella mañana participaba el implacable Brefa. Éste era un hombre de unos 37 años con una destreza sin igual en conseguir cortar el viento de su adversario y hacerla caer al suelo. De hecho, no había habido nadie, en aquel momento, que hiciera lo mismo con la suya, y digo en aquel momento, porque se comentaba que existía un joven que tenía la misma destreza y podía haberle salido un adversario a su medida. Y, al fin había llegado el gran día en que se enfrentaban. Todo estaba preparado, imaginad la importancia que había tomado este duelo que hasta asistieron eternas de palacio. El viento soplaba fuerte y empezó el vuelo. La cometa del campeón era roja sangre y la del aspirante azul cielo. Ambas subieron rápidamente cuando, con una maniobra brusca de acercamiento, la roja se precipitó sobre la azul rozándola y haciendo que ésta se apartara perdiendo estabilidad y descendiera hasta casi tocar el suelo.
Todo los presentes aplaudieron la jugada del imbatido Brefa e inmediatamente después a la del joven que demostró una gran destreza al recuperar la altura rápidamente. Lo que más sorprendió es que, no sólo restableció la lucha, sino que la cometa azul aprovechó la ascensión para atacar y situarse frente a la de su contrincante, dejándola sin soplo. La cometa roja cayó unos metros y cuando, otra vez, recibió el empuje del viento ya era demasiado tarde, los cables se habían entrelazado y se precipitó al suelo. Todos los presentes aplaudieron enloquecidos por el desarrollo de este primer combate. Al fin el implacable Brefa había sido vencido.
Pararon unos minutos para arreglar los desperfectos y fue entonces cuando vi a Airón. Estaba preciosa y allí sentada en el palco de las reales parecía inaccesible, muy diferente a

las imágenes tan sugerentes que se me reproducían en mi mente y que, por desgracia, aún revivo de vez en cuando. Me acerqué y cuando me vio bajó inmediatamente y cercando mi cuello con sus brazos me dio un apasionado beso. Cuando nos separamos me di cuenta de que éramos el centro de los comentarios, especialmente de la eternas y me dejó una extraña sensación de estar en medio de una representación teatral sin yo tener, precisamente, vocación de actor.

-He estado pensando cada minuto en ti y necesito verte esta noche. Ven a la casa de las donaciones a las nueve, entra por la puerta pequeña, da tu nombre y el guardia te dejará pasar. Te espero en el departamento número nueve-. Me volvió a besar en la boca y subió al palco.

Intenté inútilmente centrarme en el duelo entre aspirante y campeón. Pregunté por el resultado e iban tres combates a dos a favor de la cometa azul. En esta cuarta batalla, Brefa estaba poniéndose nervioso y esto se notaba en el manejo de los mandos y en la seguridad en el vuelo. Todo los asistentes estaban sumergidos en este apasionante y posiblemente definitivo lance, pero yo no podía quitarme el regusto que me había dejado ese beso tan melodramático.

Al fin ganó el aspirante y el público volvió a sus casas entre alabanzas y comentarios sobre el tema.

Me dirigí al comedor social y, sin hambre, engullí cuatro pedazos de pollo y me retiré a mi casa.

-¿No vienes a la sobremesa? comentaremos la batalla -me preguntó un amigo, a lo que le respondí que me sentía indispuesto.

Pasaron las horas y llegó la noche. Después de ducharme y ponerme mis mejores vestidos, me encaminé a la casa de la donación. Me resultaba curioso ir por devoción y no por obligación ya que, si bien siempre se terminaba la visita con placer, la imposición solía crearme rechazo y había ocasiones en que era un enorme y cansado trabajo que cumpliera adecuadamente, especialmente para la meneadora.

El guardia me dejó pasar sin abrir boca. Todo estaba en silencio y una leve luz que procedía de la gran claraboya que coronaba la cúpula central, iluminaba las estancias desiertas. Caminé en silencio y cuando encontré el departamento nueve, entré. Ella estaba vestida con la túnica blanca de las profesionales y sin dejarme hablar me acomodó en la silla vertical. Me senté en ella como hacía cada quince días y empezó, como una de las más expertas, a acariciarme el pecho, presionarme mi incrementado miembro y con suaves susurros me hablaba sobre lo apetecible que era, qué grande se me ponía y qué gusto tenerme en su departamento y poder gozar los dos. De hecho era lo usual, pero esta vez tomaba un aire diferente al ser distinto el contexto, era más incitador. Se volvió de espaldas y dibujó sensuales movimientos presionando sobre mi notorio bulto con sus apretadas nalgas. Se separó de mí y empezó a desnudarse lentamente, primero deslizó la túnica por su cuerpo y quedándose cubierta con una fina tela acarició su anatomía por entre ella, moviendo incitadora sus carnes al ritmo de sus manos. Mantuvo sus ojos clavados en los míos hasta que se sentó en el taburete de las meneadoras y, sin bajarme los calzones, la adoró con sus besos provocándome un placer fácil de predecir.

Se alzó y tumbándose de espaldas en una mesa, me pidió que la poseyera. A lo que no pude ni decir amén y casi sin bajarme la prenda que impedía físicamente tal acción, mi cuerpo se lanzó a satisfacer tal petición. Sobra decir que le dediqué toda mi atención y que, por los movimientos que acompañaban a sus gemidos, ella hacía lo mismo. Y entonces sucedió el principio del fin, con un rápido movimiento de su mano me la sacó de la entrada que no engendra y se la introdujo en la que un desliz líquido puede ser el causante de su condena a muerte. Yo intenté separarme porque pensé que era debido a una equivocación fruto del ardor de la refriega ya que no había sangre y por lo tanto podía quedar preñada;

pero ella, girándose bruscamente me tumbó en el suelo y sin posibilidad de reacción se la introduzco por la misma abertura y con imparables movimientos de su cuerpo me succionó todo lo mío piernas adentro.
Aún seguía con leves meneos cuando me dijo:
-No estés temeroso, yo, de natural, no puedo tener descendencia y si he querido sentirte como una mujer goza de un hombre y hacerlo dentro de este edificio, es porque quería que gracias a nosotros y por primera vez en la historia de estos aposentos, se llenase esta cavidad tan femenina y tan poco utilizada por las eternas como la que me has desbordado.
-Podía habérmelo dicho -pensé-, aunque no ha estado tan mal sentir pánico y gozo a la vez -recapacité.
-El otro día te vi discutiendo con una mujer y un hombre ¿Tuviste problemas? Me dejaste preocupado -le dije.
A lo que me respondió nerviosa que era una disputa por temas laborales y que no era importante, dando el tema por terminado.
Lo que no dio por acabado fueron nuestras escaramuzas, ni mucho menos, ya que al día siguiente fue ella quien apareció en mi casa y sin demasiados preámbulos me obligó a darle placer en la misma puerta por el mismo pero poco usado camino del día anterior. Nos sentamos en la terraza después de cenar y casi con la comida en la boca me dijo que nunca había sentido tal necesidad de notar mi ser en su profundidad y subiéndose la falda me tomó por segunda vez con las estrellas como techo. No sé que consideraba como “mi ser” pero, y de esto estoy muy seguro, lo que ella utilizaba como si fuera de su propiedad, para mí, recibía otro nombre más vulgar.
Esa noche se quedó a dormir y a la mañana siguiente, como en un feliz matrimonio, me despertaron sus caricias y en la luz de un nuevo día volví a gozar en su caliente interior, esta vez y por primera ocasión en la cama y como mandan los cánones de una pareja curtida por los años. Todo parecía destinado, pobre de mí, a que me convirtiera en el tercer marido de la eterna y dulce Airón.

Capítulo 10. "Airón, el cuarto acto"

Entré en la semana de la abstinencia en la que, bajo ningún concepto, debía prestar atención a los pensamientos de mi otro yo, el alargado. Sin embargo, este tiempo de oreo, que era como lo habíamos denominado vulgarmente, a Airón no parecía importunarle en absoluto. Cada día exigía su goce, ahora aquí, ahora allá, ahora de frente, ahora de través. Yo tenía muy claro que el incumplimiento de este precepto estaba penalizado con un castigo grave y, aunque la deseaba con todos mis sentidos, no tuve más remedio que afrontar la realidad y negarme a sus exigencias; a lo que me respondió que ella como encargada de la casa de la donación podía acceder a los archivos y apuntar la extracción como si se hubiera hecho.

-Es fácil decir que se ha estropeado una dosis, como ocasionalmente ocurre, y acceder al banco de elixir masculino de reserva -me dijo. Hasta me aseguró que no era necesario que acudiera.

Me la creí y pasé toda la semana entre su piel, oliendo y bebiendo de ella, degustando el fruto de toda la imaginación que esta creativa mujer era capaz, que, como habéis podido apreciar, era mucha y variada. Por dar otro ejemplo, un día me citó en un local en donde servían bebidas exóticas y pociones medicinales. Me senté en una mesa y, como era usual, la sala estaba llena de parejas tomando sus tisanas. Al poco de llegar yo, apareció ella, radiante como siempre, se sentó frente a mí y después de pedir unas hierbas, noté como sus pies descalzos se deslizaban entre mi entrepierna y jugaban con mi reiterativamente bautizado miembro. La cosa, hasta este momento, nada tenía de especial, todo el mundo ha intentado algo parecido alguna vez, pero ella no se detuvo en este punto, si no que siguió casi sin decir palabra hasta que con un ademán falsamente involuntario, tiró su cuchara al suelo y disimuladamente se introdujo dentro de los faldones de la mesa, que curiosamente eran apropiados para este menester, y ya podéis imaginar. Repentinamente solo, con una multitud alrededor y con mi hermano pequeño en manos y boca de una apasionada mujer. No sabía qué hacer, ni cómo comportarme, hasta el camarero me preguntó si todo estaba de mi agrado a lo que, lógicamente, le respondí con un sí largo. Cuando la gente empezaba a comentar y a mirar de reojo, noté como me la abandonaba y aparecía enfrente de mí disimulando como quién a terminado un trabajo rutinario y nada excepcional.

Hasta aquí no deja de ser excitante y estimulante, pero poco original para lo que estaba acostumbrado en ella. Lo que no me esperaba es que me pidiera, a cambio, que yo le hiciera lo mismo. Era una situación un poco incómoda, pero como de indecisos está lleno el infierno, me deslicé bajo la mesa, aunque creo que con poco acierto por el murmullo que oí. Al entrar en este especial universo delimitado por faldones, descubrí que Airón tenía sus piernas separadas y con un dedo estaba acariciando lo que le asomaba inquieto. Me buscó la cara y hasta que no estuvo segura que mi atención se había centrado en él, no me dejó en libertad para que le demostrara mi talento. Y así lo hice, pero cuando el murmullo general aumentó de manera alarmante, decidí salir y ver lo que pasaba. ¡Dios mío!, creo que mi acompañante no sabía disimular muy bien sus calores y por la cara que ponía, supuse que dos o tres habían caído con gemidos incluidos.

Salimos corriendo delante del dueño del bar que nos amenazaba a gritos con avisar a los guardias y no era cuestión de tomarlo a broma ya que estos tenían claro que estábamos en una sociedad libre pero no tan libertinamente libertina.

Tiempo nos faltó para encontrar un portal oscuro y con mis calzones a media pierna, dar remate a la faena empezada que siempre es de buen terminar.

Todo parecía perfecto, yo sólo esperaba que saliera del trabajo para estar con ella y sus fantasías. Ella parecía loca por mí y los dos nos sentíamos especiales e iluminados por una

gracia divina. Hasta que, como supongo estabais pronosticando, pasó lo propio para estos casos: desapareció dejándome una nota.
“Nuestro amor es demasiado peligroso y tengo pánico a otro marido. No podría soportarlo. No vayas tras de mí, nuestra relación es imposible.”
La estuve buscando con una mezcla de desconcierto, temor y rabia por toda la ciudad: En su residencia, en la casa de la donación, por los lugares que sabía usuales en ella, hasta fui a palacio buscando respuestas. Nadie sabía nada excepto en su trabajo donde me dijeron que estaba destinada a otras actividades y que eran de índole secreto.
Desespero y odio, ansiedad y abatimiento eran estados alternos que se sucedían imparablemente. Poco dormía y poco comía. Poco jugaba y poco hablaba. Mucho bebía y mucho lloraba. Mucho detestaba y mucho amaba. Hasta tuvieron que llevarme a la extracción quincenal unos amigos preocupados en que no cumpliera con mi obligación. Por lo que dijo la meneadora, nunca había visto a alguien llorar como lo hice yo después de que consiguiera el producto de mi amargo goce. Patética visión la de un hombre hundido en la desesperanza, con el miembro en descenso aún goteante y con lágrimas en los ojos.
Fue una época horrorosa. Se me presentaban imágenes de Airón o de partes de ella en todos los lugares, en los portales, en los senderos, en la cama, en las estrellas. Era un no vivir para mí y también para mi novia Eonora que se alejó definitivamente al no poder soportar un pato permanentemente malhumorado y deprimido.
Y como siempre se orina sobre orinado, me encontré otro anónimo debajo de mi puerta con el siguiente texto:
“El daño ya está hecho, que el poderoso se apiade de ti”.
Estas palabras me sumergieron definitivamente en un mar enfurecido de dudas, desconcierto, ira, tristeza, angustia, miedo, desesperación, desengaño y desamor.
Y así me encontró mi amigo Noel después de su estancia en la ciudad costera de Ginemar. Sólo verme se dio cuenta de mi estado y me dedicó su más sincera amistad, a la que debo mi cordura y una gran deuda de gratitud. Paseamos, hablamos mucho y poco a poco fui recuperándome e interesándome por otras actividades. Empecé a leer y a escuchar otros temas que no tuvieran relación con Airón.
Un día en que estaba revolviendo unos papeles encontré el primer anónimo y casi lo tiro como quien se desprende de una garrapata, cuando me dio por pensar en la palabra “poseer”. Yo, al principio, creía que se refería a que no tuviera relaciones íntimas en general, pero, ¿qué pasaría si me hubiera advertido solamente de las del entrante fértil? Como todos sabéis lo único que hicimos en nuestra relación fue tentar a la madre naturaleza y, además, estaba por demostrar que no pudiera tener hijos ¿Podría haberme dejado porque se quedó embarazada y estaba sufriendo el castigo en la torre? Esto daría coherencia al segundo anónimo. Se me contrajo el estómago pensar que ella estaba sufriendo y yo creyéndola disfrutando de otros hombres.
Corrí a explicárselo a Noel y después de enseñarle el escrito y contarle mis dudas, me dijo con expresión muy seria:
-No he querido que lo supieras hasta que estuvieras más recuperado y con cordura suficiente para asimilar algo que vi en mi estancia en Ginemar. Un día paseando por la playa me quedé atrapado con la visión de un grupo de jóvenes y preciosas mujeres que tomaban el sol. Me atrajo especialmente la atención una mujer que se tapaba el rostro y que tenía algo familiar. No le di importancia salvo en el curioso hecho que todas ellas estaban en aquel estado del que la vuelta atrás, salvo casos no deseados por juventud o inoportunidad, representa pena y desazón.
Mi corazón estaba a punto de saltar del pecho y lanzarse a su cuello para estrangularlo si no dejaba de entretenerse en tonterías retóricas e iba al asunto importante. Pero como le

debía demasiado para asesinarlo, aguanté mi impulso y resignado seguí escuchándolo pacientemente:
-Los días siguientes continué observándola en la distancia y cada vez era más fuerte mi deseo de mirar a la mujer que escondía el rostro cuando yo aparecía. Hasta que la casualidad me hizo estar en una posición en que la vi claramente sin que ella se diera cuenta. Y, amigo Koal sé fuerte, era Airón embarazada.
Algo pasó en mi interior que me hizo reaccionar racionalmente, sin pasión y me puse a analizar la situación. Por una parte podría ser que hubiera decidido tener al hijo, escondiéndose de la ley por razones obvias, y que hiciera lo mismo conmigo para protegerme. Pero, entonces, qué hacía con todas las otras embarazadas ¿Y si fueran un grupo en espera de tener el hijo para ser juzgadas? Podría ser una buena respuesta. Pero, en este caso, cómo es que alguien intentó avisarme antes, ¿ya se conocían sus intenciones de antemano? Además, si no lo hubiera querido tenía fácil solución y con una mínima pena aduciendo un desliz, podría haber abortado y seguir con nuestra relación.
Había muchas preguntas sin aclarar y con la ilusión inconsciente de volverla a ver, esperé a la semana de libertad para ir a su encuentro. Por las fechas deduje que estaría apunto de cumplir o que ya lo habría tenido. Entonces caí en la cuenta que podría ser mío ¡Yo ser padre! Y me quedé pensando si sentía este hecho como transcendental. La verdad es que tampoco experimenté algo arrebatador, creo que me ilusionaba más la idea de tener un lazo perdurable con Airón que el bebé en sí. Ahora sé que daría todo el resto de mi vida a cambio de estar un año con mi hija y, por el contrario, no regalaría ni un solo día para estar una vida con su madre. Pero, en cualquier caso, estos son sentimientos que sólo se aprenden cuando tienes en frente unos ojos ilusionados mirándote crédulamente.
El viaje estuvo bien y ver correr el paisaje me sirvió para razonar y establecer un plan de ataque. Primero iría en su busca y después le preguntaría por mi hijo, que si era niño o niña, que dónde estaba, etc., y por qué no estaba encarcelada, y por qué no había abortado. Ya tenía la lista hecha y estaba en disposición de enfrentarme a ella, o por lo menos eso creía.
Los montes vestían sus laderas de blanco arena, las nubes asumían el azul terciopelo como símbolo de fuente de vida, y los mosquitos sobrellevaban en sus cuerpos el marrón traslúcido con leves matices rojizos de origen sospechoso; pero soy lector de muchos libros y odio a muerte cuando un narrador se entretiene en descripciones fútiles en el momento más inoportuno, retrasando tanto el desenlace que hasta llego, las muchas veces, a perder el hilo de la historia. Por lo tanto no daré detalles sobre el paisaje y el estado de mis carnes después de tan largo viaje y continuaré con la narración que nos atañe y que anhelo que estéis deseando conocer el remate. Por cierto lector, y ya que estamos en un trato de tú a tú, ¿eres hombre o mujer? ¿has disfrutado con la narración leyendo todos los párrafos o sólo haces lo que se entiende por “coger la idea”, hasta que aparece alguna frase “interesante”, que sea lo bastante “profunda” para que te “motive” a leer más “detenidamente” el texto? En ambos casos te estoy muy agradecido por el hecho de ocupar en la lectura de mi historia un tiempo que, excepto para las eternas, es espantosamente limitado.

****

Al llegar di una vuelta por donde Noel la había visto y no encontré a ningún grupo de embarazadas, por lo que decidí buscar una habitación para pasar la noche. Salí al comedor social a cenar y después estuve dando vueltas por la playa. Hacía una noche preciosa y su magia casi logró el milagro de hacerme olvidar el motivo de mi viaje. Las estrellas, la reluciente luna y la apacible brisa marina generaban en mí una sensación de estar gozando

un proceso de higiene interior. Excepto mi envoltorio de piel, todo lo que yo era parecía ser invadido por una limpia, fresca y eterna oscuridad, acorde con lo que me envolvía.
Al día siguiente me fui a la playa a esperarla y, al cabo de un rato, apareció junto a las otras gestantes. No había parido aún. Se sentó sin darse cuenta a unos treinta metros de donde yo estaba y allí estuve observándola cómo reía, cómo acariciaba su abultado abdomen y cómo era dichosa. El impulso de ir a por ella me asaltó endiabladamente cuando vi su estado de felicidad que descartaba definitivamente la teoría de que estuvieran esperando juicio. Todas ellas parecían vivir en el dulce estado de privilegio que sienten las embarazadas que no divisan ningún problema en su futuro.
Estaba bellísima, parecía un ser tocado por la gracia divina. Sus gestos, sus movimientos propios del estado, cómo acariciaba su futuro hijo, como le hablaba a través de su piel y como su rostro, precioso, maternal, desprendía dulzura.
Estaba yo absorto en estos pensamientos cuando se dio cuenta de mi presencia. Tardó un poco en convencerse y cuando ya no tuvo dudas, dijo algo apresuradamente a sus compañeras, todas miraron en mi dirección y salió corriendo hacia una de las casas frente a mar.
La alcancé cuando casi había llegado al portal y después de recobrar el aliento me dijo:
-Quiero darte un consejo por nuestra antigua relación: Olvídate de mí y de que me has visto si no quieres terminar en la torre de por vida -dicho esto se puso a llamar a la guardia, que llegó casi de inmediato.
Me cogieron y sin darme opción a nada, me llevaron de vuelta a mi ciudad y mientras estuve callado no pasó nada pero cuando se me ocurrió, por probar lo de que terminaría en la torre, pedir hablar con la capitana y ésta escuchó la historia del embarazo de Airón, terminé, efectivamente, cinco días mareado y como punto final, una advertencia de pena capital si persistía en mis pesquisas.
Os puedo asegurar que fue una de las experiencias más horribles de mi vida, y lo curioso del caso es que era ella quien había infringido la ley y no yo.
Al llegar a casa me encontré otro anónimo que decía:
“No quieras entender, tu vida depende de ello”.
Ya estaba hasta los dolorosos de tanta advertencia, pero tenía razón, si quería saber algo más debía ser mucho más cuidadoso.

Capítulo 11. "Instinto maternal, instinto paternal"

¡El poder del instinto paternal¡ Con este tópico se pretende representar la increíble magnitud que posee la fuerza que emerge involuntariamente del interior de cada uno al saberse poseedor de descendencia. Yo, en esos momentos, era de esperar que sintiera algo mínimamente relacionado con ello pero, en honor a la verdad, he de decir que no fue así. Más bien, creo que lo utilicé como excusa para seguir sentimentalmente atado a Airón, aunque conscientemente me negaba a confesarlo. Lo no que hay duda es que, mientras tanto, abonaba un deseo creciente de conocer cómo sería mi futuro hijo o hija: si tendría los ojos azules como los míos, ¿su carácter sería fuerte y tozudo o plácido y cariñoso?, ¿cómo reiría?, ¿andaría pronto?, ¿lloraría mucho?

Poco a poco este juego imaginativo, que empezó como una diversión, desembocó en una obsesión que ocupaba la mayor parte de mi tiempo, llegando a desencadenar una necesidad tiránica de conocer las respuestas.

Mi primer impulso fue ir en su búsqueda y exigir lo que creía mi derecho como padre, a lo que, por suerte, me refrené por tener muy cercano el recuerdo de la torre. Después de una buena ducha con agua helada, me sentí más cuerdo para sentarme en mi terraza y con las estrellas como auditorio, ponerme a buscar algún cabo suelto que me permitiera tirar de él y descubrir la razón de todo este siniestro embarazo. Y lo encontré:

¿Adónde irían los hijos producto de los deslices de estas mujeres? Si bien la ejecución de la ley en las eternas no era tan dura como aparentaba ser, y esto era evidente por los últimos acontecimiento que había presenciado, sus hijos no podrían vivir con ellas como si se tratara de una familia normal. De ser así, se hubiera notado algo y algún comentario a este respecto hubiera estado en boca de la gente, formando parte del murmullo general, cosa que no ocurría. Todo el mundo, hasta yo mismo, habría jurado que era imposible que una eterna tuviera hijos. Sólo conocía los casos que contaban las historias y canciones exaltando el sacrificio de algunas de ellas, que por tener descendencia se condenaban voluntariamente a muerte.

Entonces me asaltó la duda ¿Sería este el caso?, pero lo desestimé por la reacción tan disparatadamente agresiva de ella y el especial empeño de la guardia en que visitase la torre. De hecho, era absurdo acallarme por la fuerza si ella estaba haciendo algo que podía ser admirado por todos y, por otra parte, su hijo al quedarse solo, únicamente tendría a su padre para mantenerlo y esta me pareció una buena razón para no dejarme de lado. También podría ser que deseara que se criase en el orfanato, cosa incomprensible en una madre.

Claro, pensé, el orfanato. Qué mejor sitio para dejar a un hijo y tenerlo cuidado y controlado de cerca. De hecho, es de extrañar lo favorecida que está dicha institución que hasta es un orgullo...

-¡Dios mío! -exclamé-. Claro que es un orgullo nacional y una señal de grandeza para el país mantener este establecimiento tan bien provisto de todo lo necesario, sin regatear en medios. Es donde van a parar los deslices de las eternas, es su guardería.

También es cierto que, por suerte, los huérfanos de verdad también tienen acceso a esas instalaciones, como es mi caso. Mis padres murieron cuando yo tenía apenas un año de vida; fue una desgracia muy comentada y, según me dijeron, el orfanato se hizo cargo de mi mantenimiento y educación. Recuerdo aquellos años como una época feliz, llena de amor y cariño. De hecho todos los acogidos y las eternas que nos cuidaban, constituíamos una gran familia.

-Maravillosa etapa -murmuré.
Así que decidí echar una ojeada a los archivos del orfanato. Su entrada no representaba ningún problema para mí ya que era experto en recorrer, sin ser visto, todos los aposentos, como hacía en mis tiempos de acogido. Recuerdo cuando, después del toque de apagar luces, íbamos a espiar a las niñas en su dormitorio y como nos estaban esperando para, y siempre aparentando no conocer nuestra presencia, levantarse desnudas de la cama y corretear por la sala persiguiéndose desenfrenadamente. Esto nos calentaba la sangre de tal forma que, uno tras otro, desfilábamos a la verja de los desahogos, que era como le llamábamos a un rincón apartado y escondido por unos arbustos en el que se podía dar fe de su nombre sin miedo a ser descubierto.
Recuerdo claramente una noche muy especial en la que nos escapamos los cuatro amigos de siempre para asistir a otra representación de nuestras amadas compañeras de orfanato. Corrimos en silencio y en fila por los largos pasillos de altos techos hasta llegar a una habitación utilizada como trastero y que mediante unos agujeros muy oportunamente realizados por Ekraim, mi amigo del alma en aquella época, se podía ver una buena panorámica del dormitorio de las niñas. Ya lo teníamos todo organizado, hasta habíamos escondido pequeños hurtos de comida de la cocina para entretener la espera hasta el inicio de la representación, que no se hacía de rogar, pero que siempre se retrasaba lo justo para poner a prueba nuestra paciencia. El principio del primer acto lo marcaban las risitas y los comentarios en voz baja que se oían en la sala. Seguía el segundo acto con unos movimientos entre las sábanas que indicaban, para nuestro deleite, que se estaban quitando la ropa, para seguir con un aumento progresivo del murmullo preámbulo del tercer y último acto. Este ocurría de una forma repentina, y como en el despertar de la primavera, el ambiente se llenaba de alegría con la eclosión de diez o doce niñas que con gritos nerviosamente acallados y saltos histéricamente refrenados corrían enloquecidas por el dormitorio, chocando entre ellas y riendo de su propio atrevimiento, hasta volverse a tapar en sus camas. Algunas se equivocaban de lecho, otras terminaban dos en la misma, pero todo servía como excusa para volver a dar rienda suelta a su desenfreno en una nueva sesión de explosión y liberación sexual. Para nosotros, estos instantes eran de gloria, nos faltaban ojos para tantos detalles a recordar. Las escenas ocurrían demasiado rápido y no dábamos abasto en grabar en nuestra memoria los cuerpos de esas preciosas niñas para luego recrearlos en la intimidad de la verja de los desahogos.
Esta vez no sucedió como en las otras noches. Esta noche entró una eterna en nuestro observatorio en el momento más álgido de la representación, provocando un “sálvese quien pueda” que dio lugar a un mar enfurecido de empujones, gritos y más empujones, desapareciendo todos de la habitación como diablos con las colas ardiendo. Bien, todos, todos, no es cierto, la eterna sólo logró retener a uno y ya podéis imaginar quién fue. Yo con mis doce años recién cumplidos, todo un hombre, había sido cogido espiando a las niñas, qué vergüenza. Ya me imaginaba qué ocurriría a continuación: reprimenda de la directora, reconocimiento público de mi culpa en el comedor y burlas de los compañeros más odiados durante, por lo menos, un año y, con un poco de suerte, un apodo no demasiado humillante. Todo un desastre.
La eterna cerró la puerta con el pestillo y se dirigió tranquilamente a los agujeros, para horror mío, mirar a través de ellos. Supongo que con el ruido todo había vuelto a la normalidad en la sala continua, pero no había duda que se dio cuenta de nuestras intenciones poco honestas. Se giró lentamente y cuando ya estaba resignado a recibir el sermón, me cogió de la mano y me hizo sentar al lado suyo. Con su dedo me indicó que me callara y con dulzura me dio mi primer beso.
Creo que media hora estuve encerrado en ese cuarto, aunque por mi gusto aún lo estaría. Entré como un niño y salí siendo lo mismo pero creyéndome iluminado por el

conocimiento que da la experiencia. Recuerdo como poco a poco ella fue ganando terreno a mi miedo hasta conseguir que me invadiera un único deseo, el explotar dentro de ese cuerpo que se movía endiabladamente encima de mí. Siempre se dice que la primera vez se recuerda con detalle y creo que aciertan, siempre que sea con una mujer experta que te conduzca por el camino correcto como fue en mi caso. ¡Dios mío! Aún se me suben los calores cuando revivo aquellos inmensos senos tan distintos a los que veía por aquellos agujeros de la pared; eran inabarcables, invadían mi cara con esos golpes indoloros y placenteros como solo los pueden dar estas dos maravillosas creaciones.

Sin duda, lo mejor fue cuando al llegar a la habitación todos mis compañeros se solidarizaron conmigo por el supuesto e inminente castigo y yo, con la superioridad que me daba mi recientemente adquirida sabiduría, escuché sus comentarios sin darles importancia, como lo hacían los hombres de verdad, que era como me sentía. No conté lo sucedido a mis amigos por qué mi secreto me hacía sentirme especial (tampoco me hubieran creído) aunque algunos no entendieron nunca por qué no me castigaron. No la vi más. Supongo que antes de irse del hospicio aprovechó la ocasión para darse un gusto guiando a un púber por el buen camino, detalle que le he agradecido miles de veces.

Recorrí los mismos pasadizos y no pude resistir la tentación de entrar en aquel cuarto. No había cambiado mucho, excepto en que los agujeros estaban tapados; seguro que algún incompetente no tuvo la suficiente habilidad para que no fueran descubiertos. Salí preguntándome sobre el paradero del Elian, que fue mi gran amor de infancia y que tan pudorosamente corría desnuda por el dormitorio mientras intentaba taparse sus incipientes pechos ¿Sería tan bonita como me parecía en aquellos tiempos? Supongo que sí, o por lo menos se lo merecía.

Llegué al despacho de la directora y con el respeto que aún estaba aposentado en mi mente, abrí la puerta y casi pidiendo permiso para entrar, fui directamente al archivo, no sin antes echar una ojeada a esta temida estancia. Me puse a mirar las fichas de los huérfanos por si detectaba alguno sin padres o si los nombres de las madres me recordaban a una eterna o hubiera alguna irregularidad que me diera una pista. Todo parecía normal. Repasé los viejos conocidos recreándome en alguna que otra huérfana y en su recuerdo hasta que, cuando ya casi me iba, vi mi nombre en una carpeta, la abrí y en ella pude leer por segunda vez quiénes eran y de dónde procedían mis predecesores. La primera ocasión fue cuando a los quince años me empeciné en conocer mi historia y, sin ninguna objeción, me contaron que procedía de Aarona que era una ciudad alejada de la capital y que mi madre, Dana, desaparecida en un accidente juntamente con su esposo, era descendiente directa de la reina y que mi padre fue un pensador reconocido llamado Efortés. Y con esto me quedé, ya que no existían más datos sobre mis parientes.

Volví a coger las fichas de los huéspedes actuales porque me pareció leer que alguno procedía de la misma ciudad de la que yo era natal, y era cierto, diez más eran huérfanos de padres Aaronenses. Mucha coincidencia tanto niño solo de una sola ciudad tan pequeña. O era una población maldecida por la muerte o había algo sospechoso. Miré los padres de los otros y, curiosamente, casi todos eran de ciudades muy apartadas de la capital, así que decidí apuntarme las fechas y los nombres para investigarlos.

Salí sin ser visto y esperé las horas que faltaban para que abriesen la Oficina del Registro Nacional deambulando por las calles. Desayuné en el comedor social y media hora más tarde ya estaba dando al encargado de la oficina una buena excusa para pedir los libros de nacimientos y muertes de Aarona. Nunca hubiera dicho que al depositar en mis brazos tal documentación, estaba provocándo el derrumbe del ideal de imparcialidad y honestidad que la justicia poseía para mí.

Después de buscar a los padres de los que actualmente estaban acogidos y no encontrarlos, o incluso, sí que figuraban pero habían muerto antes de que naciera el supuesto hijo. Me armé de valor y busqué a mis familiares.
Cien veces repasé las listas y nada. Yo era hijo de nadie ya que mis progenitores no existían. Miré en el registro general por orden alfabético y tampoco. No existía ninguna Dana Onerme ni Efortés Barana, que eran sus nombres completos, ni en Aarona ni en otra ciudad, todo era una fábula. Entonces lo vi claro, excepto algún caso para cumplir expediente, todos los inquilinos del orfanato habíamos nacido de madres eternas, y era evidente que éramos demasiados para creer que procedíamos exclusivamente de deslices involuntarios. Todo esto sólo tenía una explicación y era, a mi pesar, que había descubierto el engaño más grande y monstruoso que nunca ha existido.
En el país de la reina mora parecía que todo el mundo tuviera una labor y por lo tanto una recompensa acorde a su misión, sin privilegios. Las eternas tenían su elixir, las mortales podían ser madres y los hombres desarrollaban sus cualidades deportivas, espirituales y artísticas. Todo estaba equilibrado: si a las mujeres mortales siempre les tocaban los trabajos más duros y desagradables, en compensación gozaban, en exclusiva, del gran privilegio de la maternidad. Si a los hombres no les dejaban tener acceso a tomar decisiones en el gobierno de su país, era porque tenían otra labor más importante que consistía, en el fondo, en no hacer nada concreto y cumplir con su obligación cada catorce días, que también gustaba.
Pero la horrible realidad se desnudó y me golpeó incesantemente hasta romper en pequeños trozos la creencia en la que había fundamentado mi esquema de valores y que me allanaba el camino para intentar entender la existencia de abusos, infamias, favoritismos y tiranías. Y era la convicción ciega en la existencia de la justicia como instrumento de un orden universal equitativo y que, lo más importante, al final daba a cada uno lo que se merecía acorde con sus actos. Era, pues, evidente que estaba equivocado ya que si hacía muchas generaciones que las eternas habían tomado la sociedad y nos hacían trabajar como esclavos en su provecho, manteniendo y creando mitos, leyendas y costumbres falsas, sin haber recibido castigo, qué podía esperar yo, simple mortal, de la justicia, aunque fuera de la divina.
Toda nuestra vida era un teatro que nos parecía genuino y evidente pero que enmascaraba otra realidad y ésta, era muy distinta a la que creíamos como propia.
A los hombres nos hacían sentir especiales y con una labor, cuando para ellas, éramos ganado a alimentar y entretener sólo para conseguir ordeñarnos periódicamente de una forma dócil. Éramos el rebaño de las eternas.
Pero las más engañadas, a las que les tocaba la peor parte eran las mortales, que por la falta de conocimientos y experiencia, según argumentaban las eternas, sólo trabajaban en los puestos que tenían labores más básicas y pesadas con el fin de que proveyesen de comida al reino, además de ser las encargadas, en nombre del amor, de que el rebaño de zánganos estuviera en condiciones de producir. De hecho, su labor al conseguir que los hombres tuvieran la estabilidad sentimental bien cubierta era vital para la producción de elixir, aunque paradójicamente, era un honor que un marido fuera escogido por una eterna para entretenerse y debían sentirse orgullosas de ello. Como podéis ver se volvía a cumplir la ley de que el que menos tiene por canjear, más palos le tocan, pero lo más horrendo de todo esto y que yo acaba de descubrir, era que su sacrificio no era a cambio de un privilegio exclusivo y compensatorio como muy bien podía ser la maternidad, sino todo lo contrario, o sea, a cambio de nada.
Hasta el sistema transparente y ecuánime de elección de las nuevas eternas cuando los números lo permitían, que se basaba en escoger siempre a un huérfano para que no

hubieran tratos de favor, completaba este repugnante engaño. Siempre las eternas eran hijas de eternas, como en una macabra dinastía hereditaria.
Y qué hacía yo sabiendo que la pieza clave que engrasaba el caminar de esta sociedad era un engaño, ¿qué podía hacer yo? Pues no necesité contestar a esta pregunta ya que sólo poner los pies en la calle fui retenido acusado de los cargos de incumplimiento de mis deberes de donación -que supongo sabréis en que época se refería- y de falsear el libro de las donaciones valiéndome de mi posibilidad de entrar en palacio -también es fácil saber a quién le debo tan altos honores-.
Fui sentenciado a tres años en la torre. TRES años, ni más ni menos, y con una facilidad y acuerdo general que hasta llegué a creer en mi culpa. Pocos han sobrevivido cuerdos a dos años de mareos y yo tenía uno más: era mi muerte.
Recuerdo el pasadizo, largo y de paredes arañadas que conduce a la sala en donde me obligaron a beber la pócima del mareo, cómo intentaba luchar contra los pasos que me acercaban a mi destino, cómo mis esperanzas de algún milagro desaparecían conforme veía con más claridad la puerta de la estancia, cómo llegué a una sala fría, vacía y desgastada en la que sólo había un asiento con correas en el centro y cómo me obligaron a sentarme y, después de atarme y introducirme un asqueroso aparato en mi boca que me forzó a abrirla, me hicieron tragar un líquido, curiosamente, dulzón y agradable. Recuerdo que me extrañó el contraste de la puesta en escena tan lúgubre de la situación y el buen gusto de boca que me dejó, hasta estuve tentado de pedir un poco más ya que era lo único agradable del momento.
Lo que sobrevino en pocos minutos no fue, ni por asombro, algo complaciente. Mi mente entró en un torbellino interminable con muchas, pero infructuosas ganas de vomitar y con un desasosiego profundo y terriblemente angustioso. Sólo me permitían descansar unas seis horas por la noche, un día cada quince si cumplía con mi deber y una hora por comida gracias a un pedazo de pan que contenía el antídoto temporal. En estos paréntesis era cuando recobraba la noción de la realidad y me daba cuenta de mi porvenir, que como podéis ver, era poco halagüeño, empeorando mi pobre estado de ánimo. Hasta recuerdo que como única tabla de salvación, tramé un estúpido plan de escape por mar con la esperanza de que el balanceo de la barca contrarrestase los síntomas de mi condición de preso.
Y así transcurrieron esos “maravillosos” días de estancia en la torre entre mareos y amarga lucidez, hasta que la noche anterior a un día de la donación, vi, desdibujada por mi trastorno, a una figura que me hablaba y que cogiéndome por los brazos me arrastró hasta una sala. Supongo que fueron más de uno porque cuando recobré la lucidez solamente pude ver una mujer joven, que creí una eterna, demasiado frágil para trasladarme y con el frasco del antídoto que me había suministrado en la mano. Recuerdo que lo primero que pregunté fue cuánto tiempo duraría el efecto, a lo que respondió que era permanente. La hubiera vestido a besos.
Me apremió a que la siguiera y anduvimos por un laberinto de pasadizos lúgubres hasta que, bendita sea, me encontré debajo del maravilloso techo estrellado de la calle. Era libre.
-¿Por qué? -sólo pude preguntar, a lo que por respuesta me depositó en mis brazos un amasijo de ropa entre la que asomaba una cara de ángel. Me quedé mudo mirando como la extraña mujer acariciaba tiernamente a este dulce ser y a modo de despido me dijo:
-Estas mujeres os acompañarán salvos fuera de las fronteras del país. Cuida bien a mi nieta, piensa que tiene el derecho de exigirte todos los cuidados que un padre debe dar a su hija.
El trayecto fue largo y más de una vez tuvimos que despistar a las patrullas que iban en mi busca; hasta sufrimos un accidente que puso al borde de la muerte a Dana, que era una mujer de constitución fuerte y con apariencia de dura pero con el carácter más afable que

Eena, que era la otra que se encargaba de nuestra seguridad y que, siendo mucho más delicada, tenía la mente dura de un soldado ejecutor.
Ninguna de las dos me quería contestar a las preguntas que hacía constantemente acerca de mi madre y de mi hija, hasta que, una noche después de muchos días de viaje y de haberse encariñado con Anama -que es como decidí poner de nombre a la pequeña- logré que abrieran su corazón argumentando que si no me lo contaban, escondían parte de su historia a mi hija y por lo tanto le impedirían conocer y amar a su abuela y a su país desde el exilio.
Así que la protectora Dana decidió contestar a todas mis preguntas a cambio de la doble promesa de que nunca contaría cómo llegar a mi patria de nacimiento y que le detallaría con todo el rigor toda esta historia a mi hija para que pudiera juzgar y escoger su camino. Y así lo juré.
Resulta que el trato de favor que se dio a las primeras eternas para que pudieran tener hijos, hasta un máximo de dos, siguió vigente en sus hijas, pero a escondidas de los mortales. Con el paso de los años se fue construyendo, como cuando una piedra termina siendo de cantos pulidos por la acción del agua, una sociedad con sus leyes, costumbres, creencias, mitos e ídolos que beneficiaban a las eternas sin que lo pareciera. Todo en ella estaba atado y muy bien atado, la farsa casi llegaba a no serlo. Sólo algunos casos de padres rechazados podían provocar pequeñas fisuras en el perfecto manto que encubría la realidad, pero, como yo ya sabía muy bien, tenían sistemas muy efectivos para que no ocurriera esto.
Que era mi madre y que ella era la mujer que me liberó, fue una de las revelaciones que más poco me alteró ya que treinta años idealizando a unos inexistentes padres me habían dejado el pozo de los sentimientos bastante seco. Pero el motivo por el que separó a Airón de su hija, se me escapaba de mi comprensión, así que se lo pregunté.
La protectora Dana prosiguió con su relato haciéndome señas de que esperara, y me confesó que casi nunca antes había ocurrido que un hijo de una eterna fuera escogido como semental de otra eterna, pero, añadió, que este caso era diferente. Resultó ser que mi madre era una de las ministras de la reina y persona muy influyente pero con una gran enemiga, su principal contrincante, mi deseada Airón. Esta última buscaba la posición de confianza que ocupaba mi progenitora en la corte y para conseguirlo maquinó un espantoso plan en el que me reservó uno de los principales papeles, el de macho seducido para, por una parte, poseerme en mi calidad de hijo de su enemiga, y por otro, quedarse embarazada y gestar a la nieta de su contrincante con el fin de hacerle chantaje. De esta manera mi "bienintencionada" Airón conseguía someter a mi madre a sus ansias de poder, poseyendo de una sola jugada a su hijo y a la hija de su hijo. Todo el mundo sabe lo que un hijo y una nieta pueden arraigar de hondo en una mujer y como puede llegar a destruirse a sí misma a cambio de protegerlos de cualquier peligro.
Mi madre que era quien me permitía acceder a palacio y me enviaba los anónimos, al conocer mi estancia en la torre y viendo su futuro en peligro, además de, deseo creer, temiendo por el bienestar del bebé en manos de la despiadada progenitora, decidió secuestrarlo y entregármelo una vez me hubiera liberado. De esta manera me, se y lo liberaba, todo en una sola y arriesgada acción. Tres pájaros de un tiro.
También me contaron de lo que era capaz Airón con el fin de conseguir sus objetivos y, aunque me resistí al principio, terminé por aceptar que esa despiadada mujer había engendrado un hijo con el único fin de someter a mi madre y no por el imparable y arrollador instinto maternal. La única esperanza que tengo de venganza es que después de haber gestado y tenido una nueva vida en sus manos, el hecho de perder a su hija haya perforado su duro caparazón construido con ambición y maldad.
En cuanto a mi madre no quise preguntar si hubiera hecho lo mismo al no estar su futuro amenazado, al fin al cabo era una eterna, pero lo único cierto y de agradecerle era que tenía a mi hija en mis manos e iba camino de la libertad.

53

Capítulo 12. "Mi hija Anama"

Ya llevo más de treinta y cinco años viviendo en un país occidental muy distinto al que os he descrito. En este tiempo mi hija ha ido haciéndose una maravillosa mujer que me ha regalado dos nietos preciosos que llenan mi soledad de alegre y amplio contenido. Muchas veces pienso qué habrá pasado con Airón y su eterna lucha con mi madre ¿Quién habrá ganado? ¿le habrá afectado la perdida de su hija? ¿pensará alguna vez en mí? Probablemente la respuesta sea no a las dos ultimas preguntas, pero, la verdad, el tiempo y mi hija han sellado tan eficazmente mis heridas que poco me importa.
Como prometí a mis dos protectoras en la huida, he contado a mi pequeña y cuando me lo ha pedido, casi lo mismo que he relatado en este escrito, excepto alguno pequeños detalles que son fáciles de imaginar. También le he dejado la puerta abierta a que vuelva a su país de origen por si desea conocer a su madre y a su abuela y, por lo tanto, conseguir la eternidad.
He de confesar que siento un gran orgullo al decir que su opinión sobre estos temas ha sido siempre una magnífica lección de sabiduría y cariño. Desde que ha tenido uso de razón, ha argumentado que no necesitaba conocerlas porque yo era su padre y su madre a la vez -revelación que desborda fácilmente mis ojos-; además afirma que el precio a pagar por la eternidad en el país de la reina mora es demasiado elevado y que no desea vivir en una sociedad en que una mujer, sea eterna o no, invariablemente es esclava. Unas cuantas –dice- debido al engaño de las otras, y otras tantas por querer mantener la eterna juventud y belleza. Además añade:
-Es mucho más duro decidir cuando se desea la muerte que estar pendiente de que aparezca. De lo primero, a la larga, no puedes escaparte y de lo segundo no depende de cada uno, por lo tanto no hay de que preocuparse.
Ella sigue su vida como mujer mortal y la creo todo lo feliz que se puede ser dentro de un mundo que no lo es demasiado. Y yo tengo la mía, con algún que otro encuentro con no eternas y bendiciendo en cada ocasión los anticonceptivos.
También sigo con mi costumbre de ir a tertulias en las que creo que destaco por mi particular visión sobre los conflictos entre sexos y de poder. Siempre que sale el tema de la lucha feminista me pregunto que si en el país de la reina mora ocurrió que gracias a la eternidad, las mujeres accedieron al dominio de la sociedad y mantuvieron a los hombres solamente por que tenían algo a cambio imprescindible para ellas, ¿qué pasaría si en esta cultura machista en la que vivimos, las mujeres llegasen más allá de la igualdad y los hombres no ofreciéramos nada esencial a cambio? Hoy en día ellas pueden procrear y no por esto estar en una posición de vulnerabilidad como lo sufrían antes; además nuestros instintos masculinos juegan en su equipo ¿Podría ser que después de la igualdad deseen más y lleguen a invertir los papeles actuales debido a que llevan muchos años en ello y, por lo tanto, son guerreras con más estrategias y posicionamiento legal en lo referente a estos temas que los hombres? ¿Podría evolucionar la sociedad hacia la transformación de una cultura machista en feminista en vez de dirigir sus pasos hacia una que apoyase al ser humano sin distinciones? Prefiero dejarlo en el aire y que en el marco de la eterna guerra entre sexos, sirva lo sucedido en el país de la reina mora como ejemplo de que algo que parece impensable, incluso para las propias feministas, puede llegar a ser una realidad.
Nunca hasta hoy había confesado toda la historia salvo, como sabéis, a mi hija y esto es debido a que no tenía un motivo para hacerlo. Hoy lo tengo, me vuelvo a mi país, ya soy bastante viejo y deseo revivir los paisajes de mi juventud. No sé cómo me los encontraré

después de tantos años ni cómo habrá evolucionado esa sociedad tan particular, pero una cosa es cierta, no intentaré cambiarlo descubriendo su secreto.
La razón de mi silencio es simple y no os penséis que es debido al temor que aún siento a la torre, si no a causa de que me he dado cuenta que toda civilización, sea cual sea, tiene su engaño y siempre existe un grupo de herederos privilegiados que por ser jóvenes eternos, como en mi país, o por ser poderosos, como en casi todos los otros, alimentan una estructura social creíble para su uso y beneficio. Si fuéramos hijos del mundo podríamos escoger el teatro social que más nos gustase para representar nuestra vida, pero como nacemos en una cultura determinada con costumbres, mitos y leyes propias, usualmente la elegimos y la entendemos como la buena. Incluso conociendo muchas otras, nuestras raíces son más poderosas que nuestra libertad.
Una última cosa, hay veces que recuerdo mi pasado y dudo de su existencia, hasta creo que es el resultado de un fantástico sueño y no fruto de la realidad. Después de tantos años fuera de mi tierra natal, el sentido común me dice que no es posible que pueda llegar a existir un mundo tan peculiar como el que he descrito, que es terriblemente estúpido e ilusorio creer que un país puede estructurarse en base al producto del goce masculino. Pero entonces, juego con mi mente al “y si...,” intentando intuir qué pasaría si en la sociedad en que vivimos todos nosotros y que está empezando el nuevo milenio, divulgase el pequeño e insignificante ingrediente que no he nombrado en mi relato y que hace que la fórmula de la eterna juventud sea efectiva realmente.
Que cada uno intente imaginar las consecuencias y seguir el hilo lógico de las reacciones humanas frente a los cambios que un descubrimiento como éste pudiera provocar. A lo mejor, al final del proceso, y tras haber tenido en cuenta la enorme y relativamente reciente capacidad de desplazamiento del hombre actual, así como las modernas innovaciones tecnológicas y médicas que en la época que transcurre mi relato no existían, ya no lo calificaréis de alucinaciones irreales escritas por un loco, sino, como uno de los futuros posibles para el siglo XXI.
Más difícil es creer que un país como el nuestro esté en guerra y que nuestros hijos, hermanos y amigos mueran. Que nuestras casas queden destrozadas y nuestras vidas arruinadas. Y sin embargo ocurre ¿Qué es lo que no puede ocurrir en este mundo de locos? De hecho, sólo por darle una profunda sacudida estoy tentado de difundir mi secreto y sentarme a observar si mis suposiciones son ciertas.

NOTA: Por si a alguien se le ha quedado en mente la curiosidad de conocer qué fue de mi novia con tendencias patoriles, debo decir que desconozco su historia después de mi huida, pero puedo imaginar el resultado que provocó el paquete con manual completo de uso y disfrute que hice enviar a mi amigo Noel antes de mi desafortunada partida en búsqueda de Airón embarazada.
Costumbres como las de ella deben sobrevivir al paso del tiempo y a los pequeños dramas personales, como particularidades que engrandecen el rico legado de la diversidad del ser bípedo. Dar continuidad a esta especial simbiosis entre la parte animal y la humana es obligada por el bien de la evolución de nuestro mundo, y más cuando tienes grandes amigos dispuestos a disfrazarse de lo que requiera el guión, siempre que, claro está, sea para socorrer las urgencias de una dama.

FIN (septiembre 1999)